

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

UN MILLON DE LIBRAS POR MANDY

**Joseph
Berna**



El Opel-Monza de Kevin Wesley cruzó la verja que rodeaba la magnífica casa de Howard Reynolds, uno de los hombres más ricos no ya de Londres, sino de toda Gran Bretaña. Por ello, la hermosa propiedad del millonario, ubicada a unos veinte kilómetros de la capital londinense, se hallaba permanentemente custodiada.

Kevin Wesley tenía veintisiete años, el pelo rubio, y los ojos azulados. Era un tipo alto y atlético, elegante, atractivo, lo que le permitía tener un gran éxito entre las mujeres.

Solía conquistarlas con asombrosa facilidad.

Y, una vez conquistadas, a la cama.

Ninguna se le resistía.



Joseph Berna

Un millón de libras por Mandy

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1776

ePub r1.0

Lds 13.03.19

Título original: *Un millón de libras por Mandy*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El Opel-Monza de Kevin Wesley cruzó la verja que rodeaba la magnífica casa de Howard Reynolds, uno de los hombres más ricos no ya de Londres, sino de toda Gran Bretaña. Por ello, la hermosa propiedad del millonario, ubicada a unos veinte kilómetros de la capital londinense, se hallaba permanentemente custodiada.

Kevin Wesley tenía veintisiete años, el pelo rubio, y los ojos azulados. Era un tipo alto y atlético, elegante, atractivo, lo que le permitía tener un gran éxito entre las mujeres.

Solía conquistarlas con asombrosa facilidad.

Y, una vez conquistadas, a la cama.

Ninguna se le resistía.

Con Mandy Reynolds, sin embargo, todavía no había hecho el amor.

Y es que no había tenido oportunidad.

Mandy siempre estaba vigilada.

No se podía tener un rato de intimidad con ella.

Aquella tarde, como de costumbre, tampoco podría intimar con ella.

Kevin lo supo cuando miró el espejo retrovisor de su flamante Opel-Monza.

Un Chrysler azul les seguía.

Había cruzado la verja tan sólo unos segundos después que el Opel-Monza.

—Maldita sea —rezongó el apuesto rubio, con claro gesto de contrariedad.

—¿Qué te ocurre, Kevin? —preguntó Mandy, que iba sentada a su lado.

—Es una lata, ¿sabes?

—¿El qué?

—Cada vez que salgo contigo, tenemos que llevar escolta.

Mandy Reynolds sonrió.

Tenía veinte años, el pelo castaño, y los ojos color miel. Era bonita y poseía una figura esbelta, realmente sugestiva. Vestía pantalón blanco, muy ajustado, y una liviana blusa amarilla, que permitía vislumbrar el breve sujetador.

—Lo siento, Kevin, pero es inevitable —respondió.

—¿Por qué?

—De sobra lo sabes. Soy la nieta de uno de los hombres más ricos del Reino Unido, y es lógico que mi abuelo no me permita salir sin protección. Teme que intenten secuestrarme, para pedir un fuerte rescate por mi libertad.

—Si alguien intenta secuestrarte, yo te defenderé. Soy joven y fuerte. Y sé pelear.

—No lo dudo, Kevin, pero...

—No tengo nada de cobarde, Mandy. Por defenderte a ti, arriesgaría mi vida sin dudarle un instante.

—Estoy segura de ello —repuso la joven, y le dio un beso en la mejilla.

A pesar de ello, Kevin continuó serio.

—Deberías oponerte, Mandy.

—¿A qué?

—A lo de estar siempre vigilada.

—No serviría de nada, Kevin. Mi abuelo no me dejaría salir de casa sin la protección de dos de sus hombres, por lo menos.

—¿Y no te irrita el estar continuamente controlada...?

—Resulta un poco molesto, sí, pero...

—No puedes vivir tu vida, Mandy.

—¿Cómo que no?, hago lo que quiero, salgo con quien quiero, voy a donde quiero... —Pero no tienes intimidad. Los hombres de tu abuelo saben lo que haces, con quién lo haces, y dónde lo haces.

—Eso no me condiciona en absoluto, te lo aseguro. Me he acostumbrado de tal manera a su vigilancia, que los ignoro por completo. Para mí es como si no estuvieran.

—Pues a mí sí me condiciona. Y mucho.

—¿De veras?

—Me gustaría llevarte, por ejemplo, a un lugar tranquilo y

solitario.

—¿Para qué?

—Para estrecharte en mis brazos y besarte con pasión.

—Pues llévame.

—Los gorilas de tu abuelo me verían abrazarte y besarte. —¿Y qué?

—Pues, que ya no sería lo mismo, Mandy. Me sentiría espiado y no podría gozar de esos momentos, sin duda maravillosos si disfrutáramos de la necesaria intimidad.

—¿No será que te gustaría hacer cosas más atrevidas en ese lugar solitario, Kevin...?

—Claro que me gustaría.

Mandy rió.

—Eres un sinvergüenza, Kevin.

—Me gustas mucho, ya lo sabes. Más que ninguna otra chica. Y gustándome tanto, es natural que...

—Tú a mí también me gustas, Kevin, pero no te dejaría pasar de los abrazos y los besos, aunque los hombres de mi abuelo no fueran espectadores de la amorosa escena.

—¿Por qué?

—Por nada, en particular. Sencillamente, es mi forma de ser. Consiento que un chico me tome entre sus brazos y me bese, si él resulta de mi agrado, pero no permito que acaricie mis senos, que me quite la ropa, y que me posea. Tendría que estar loca por él, para consentir que me hiciera suya. Y estar además absolutamente segura de que él siente lo mismo por mí y que desea unir su vida a la mía. Casarse conmigo, vamos, porque los hay que sólo desean vivir un romance, cuanto más apasionado mejor, y después, si te he visto, no me acuerdo. Que se largan y la dejan a una plantada, vamos.

Kevin sonrió.

—No es mi caso, Mandy. Puede que tú no estés loca por mí, pero yo sí lo estoy por ti. Mis intenciones son absolutamente honestas. Si algún día accedes a entregarte a mí, no será por unos días, sino para toda la vida, porque nada me haría más feliz que tomarte por esposa. Y no creas que estoy pensando en los millones de tu abuelo. Sé que tú eres su única heredera, pero eso me tiene sin cuidado. Yo también gozo de una buena posición económica y no necesito el

dinero de tu abuelo para vivir. No tengo tanto como él, claro, pero me basta y me sobra.

—Mejor que no salgas conmigo por los millones que a la muerte de mi abuelo heredaré, porque yo acabaría dándome cuenta y te mandaría a paseo. No soy tonta, ¿sabes?

—No, eres una chica muy lista. Y yo me alegro, Mandy, porque soy un tipo sincero y no oculto ningún «as» en la manga.

La joven lo cogió del brazo.

—Anda, llévame a algún lugar romántico, Kevin. Cuando me tomes en tus brazos y me beses en los labios, sabré si puedo pensar en ti como mi futuro marido.

—De acuerdo —accedió el rubio, y dirigió su Opel-Monza hacia un lugar apropiado.

El Chrysler azul, naturalmente, fue tras ellos.

Iban dos hombres en él.

Algunos minutos después, el Opel-Monza se detenía en un solitario bosquecillo. El Chrysler se detuvo también, a una discreta distancia, y el tipo que iba sentado al volante preguntó:

—¿Qué te sugiere ese bosquecillo, Fallón?

—Lo mismo que a ti, Donovan —respondió su compañero, con una sonrisa—. ¿Crees que el tipo intentará...?

—No lo sé. Pero si lo intenta, y la nieta del señor Reynolds no opone resistencia, nosotros no intervendremos, Donovan. Mandy ya es mayorcita, y si le apetece estar con un hombre...

—Mira, el tipo ya la está abrazando, Fallón.

—Y besando.

—Y parece que ella lo desea...

—Sí, no creo que le dé ninguna bofetada —sonrió de nuevo Fallón.

—Bueno, ya veremos cómo acaba la cosa —repuso Donovan.

Siguieron los dos pendientes de lo que pasaba en el interior del Opel-Monza, lo que les impidió descubrir que cuatro hombres surgían de entre los arbustos que jalonaban el camino.

Los cuatro se cubrían provistas con sendos capuchones negros y esgrimían pistolas automáticas provistas de silenciador. Y, antes de que Donovan y Fallón pudieran descubrirlos y reaccionar, dispararon sobre ellos.

Los cristales de las ventanillas permanecían subidos y los

silenciosos proyectiles no encontraron ningún obstáculo en su trayectoria, llegando limpiamente a los cuerpos de los protectores de Mandy Reynolds.

Recibieron nada menos que cuatro impactos cada uno, lo que les causó una muerte instantánea.

Una vez eliminados los guardaespaldas de la nieta de Howard Reynolds, los encapuchados se dirigieron rápida y silenciosamente hacia el bosquecillo, para sorprender a los ocupantes del Opel-Monza.

Kevin y Mandy no los vieron aproximarse. Seguían besándose, abrazados, y no se habían enterado de nada.

Los encapuchados alcanzaron el coche y lo rodearon, abriendo ambas portezuelas con brusquedad.

—¡Abajo los dos! —ordenó uno de los tipos.

Mandy desorbitó los ojos de puro terror.

—¡Dios mío, Kevin!

El rubio se había quedado paralizado.

—¡He dicho abajo! —repitió el encapuchado.

Kevin reaccionó con bastante serenidad.

—Obedezcamos, Mandy —dijo, y salió del coche.

Al instante, uno de los tipos le golpeó en el estómago con su puño izquierdo, obligándole a encogerse. Entonces, el otro encapuchado le atizó con su arma en la región occipital.

El rubio emitió un gemido y se derrumbó, quedando tendido de bruces en el suelo, inconsciente.

—¡Kevin...! —chilló Mandy, que todavía no había salido del Opel-Monza.

Los otros dos encapuchados la sacaron del coche sin la menor delicadeza y uno de ellos amenazó:

—Guarda silencio y obedece, o liquidamos a tu amigo, igual que liquidamos a los dos ocupantes del Chrysler.

CAPÍTULO II

Glenn Curtis, de veintisiete años de edad, metro ochenta y dos de estatura, y complexión fuerte, detuvo su coche, un Talbot oscuro, frente a la verja que protegía la valiosa propiedad de Howard Reynolds.

Glenn, detective privado de profesión, saludó con la mano a los hombres que custodiaban la entrada, en aquellos momentos cerrada, como casi siempre, ya que la verja solo se abría para dejar entrar o salir algún vehículo.

Los vigilantes ya lo conocían, porque había estado varias veces en la casa. No obstante, cumpliendo con su obligación, uno de ellos se puso en contacto con Howard Reynolds utilizando el interfono instalado en la caseta ubicada junto a la verja.

—¿Señor Reynolds...?

—¿Qué ocurre, Jessup?

—Glenn Curtis acaba de llegar.

—Dejadlo pasar.

—Bien.

Jessup cortó la comunicación y salió de la caseta.

—Abre la puerta, Brocco.

El llamado Brocco accionó el mecanismo que ponía en movimiento la verja y el paso quedó libre.

Glenn Curtis puso en funcionamiento su Talbot y cruzó la entrada, saludando de nuevo a los hombres que la custodiaban. Poco después, detenía su coche frente a la hermosa casa del millonario.

El detective descendió del vehículo y subió los escalones de mármol que era necesario salvar para alcanzar la puerta. Cuando pulsó el timbre, la Filarmónica de Berlín se puso a tocar al otro

lado.

Ésa, al menos, era la impresión que causaba el carísimo carillón que Howard Reynolds tenía instalado en su casa.

La primera vez que Glenn lo oyó sonar, creyó que la puerta se la iba a abrir Herbert von Karajan en persona, con la batuta en las manos. Pero no, se la abrió Richard, el mayordomo, un cuarentón alto y espigado, pulcramente uniformado.

Siempre abría él, y esta vez no fue una excepción.

—Buenas tardes, señor Curtis.

—¿Qué tal, Sebastián?

El mayordomo emitió un suave carraspeo.

—Siempre se confunde usted, señor Curtis.

—¿Qué?

—Mi nombre no es Sebastián, sino...

—Espere, no me lo diga —le interrumpió el detective—. ¡Se llama usted Bautista!

—No.

—¡Charles!

—Tampoco.

—¡Robert!

—No lo acierta, señor.

—¿Arthur, tal vez...?

—No.

—¡Me rindo, Richard!

—¡Ahora lo acertó! —exclamó el mayordomo, riendo.

Glenn rió también.

De sobra sabía que el mayordomo se llamaba Richard, pero simulaba confundirse para divertirse un poco con él.

—No se me volverá a olvidar, Richard —dijo, dándole un par de palmaditas en la espalda.

No se las dio muy fuertes, porque corría el riesgo de lastimarle, ya que casi todo eran huesos.

El señor Reynolds se encuentra en el salón, señor Curtis —informó el mayordomo—. Le acompañaré.

—Gracias, Richard, pero prefiero que me acompañe Sally —repuso el detective, con significativa sonrisa.

—Muy bien.

El mayordomo tomó una campanilla dorada y la hizo sonar.

A los pocos segundos, aparecía Sally, la doncella, en el fastuoso vestíbulo. Tenía veintidós años, el cabello rojizo, y los ojos brillantes y picaros. Estaba muy bien de formas y la brevedad del uniforme la hacía aún más atractiva.

La doncella se alegró cuando vio a Glenn Curtis.

—Acompaña al señor Curtis al salón, Sally —indicó Richard.

—Bien.

Glenn fue hacia ella, sonriendo ligeramente.

En cuanto dejaron ambos el vestíbulo, el detective palmeó la firme grupa de la doncella.

—Sigues tan deseable como siempre, Sally.

La doncella, que se había arqueado hacia adelante, sonrió y dijo:

—No empecemos, señor Curtis.

—Te gusta que te piropee, lo sé. Y que me tome algunas libertades contigo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo leo en tus ojos. Que son preciosos, como todo lo tuyo. Porque tienes unas piernas... —Glenn le levantó el corto uniforme, para contemplárselas mejor.

La doncella dio un grito y se apresuró a bajarse el uniforme.

—No sea descarado, señor Curtis.

El detective la rodeó de pronto con sus brazos.

—Tengo ganas de besarte, Sally.

—Por favor, señor Curtis —rogó ella, forcejeando con él, aunque muy débilmente.

—Tú también lo deseas, confíésalo.

—Si alguien nos viera...

—Nadie nos verá, no temas —aseguró Glenn, y la besó en los labios con ardor.

La doncella tardó sólo unos segundos en colaborar.

Glenn hizo descender sus manos hasta el prieto trasero de Sally, levantó de nuevo el uniforme, y aferró las redondeadas nalgas, escasamente cubiertas por el pícaro pantaloncito rosa.

La doncella ahogó un grito, pero no hizo nada por impedir que el detective se adueñara de su grupa. Y eso que era consciente de que, si alguien los sorprendía, tendría serios problemas.

Pero nadie los sorprendió.

Cuando separaron sus bocas, Sally dijo:

—Es usted un manos largas, señor Curtis.

—Lo siento, no he podido resistir la tentación.

—Vamos, suélteme ya el trasero.

—En cuanto te bese otra vez.

—¿Es que quiere usted que me despidan...?

—Eso no ocurrirá. Pero, si ocurriera, yo me encargo de proporcionarte un nuevo empleo, te lo prometo —respondió Glenn, y volvió a unir su boca a la de ella. La doncella, a pesar de sus temores, no sólo se dejó besar nuevamente por el audaz detective, sino que puso bastante de su parte, como ya hiciera antes.

Se encontraban ya cerca del salón.

De pronto, la puerta se abrió y Howard Reynolds asomó la cabeza.

No, no llegó a pillar a Glenn Curtis besando fogosamente a la complaciente Sally y apretando su erguido trasero, porque el detective tenía un oído muy fino y unos reflejos envidiables, lo que le permitió separarse de la doncella en cuanto oyó que la puerta del salón se abría.

Lo hizo en una fracción de segundo.

Sally, no tan rápida de reflejos, se quedó quieta con la boca entreabierta. Ello, unido a la posición de sus brazos, daba claramente a entender que acababa de ser abrazada y besada con fuerza, por lo que Glenn se apresuró a emitir una tosecita.

—Gracias por acompañarme, Sally.

—De nada —reaccionó la doncella, y se retiró, preguntándose si el millonario la habría visto en brazos del detective privado, dejándose besar por él.

Glenn no pudo reprimir un respingo al descubrir que el uniforme de Sally no había descendido. Se quedó arriba cuando él retiró sus manos con brusquedad del tentador trasero de la doncella, y así continuaba porque Sally no se había dado cuenta.

La exhibición, desde luego, era de las buenas.

Y Glenn nada pudo hacer por cortarla, porque la doncella se había alejado ya demasiado. Lo que sí pudo hacer, fue impedir que Howard Reynolds se percatara de ello, cortándole rápidamente la visión con su propio cuerpo. —¿Qué tal está, señor Reynolds?— preguntó, con una sonrisa.

El millonario, que había cumplido ya los setenta y dos años de

edad, aunque nadie lo diría, pues no aparentaba más de sesenta y cinco, se retiró de la puerta para que el detective pudiera entrar en el salón.

—¿No ha tardado usted demasiado, Curtis...? —preguntó a su vez, ceñudo.

—¿Esperaba mi informe antes, señor Reynolds? —repuso Glenn, mientras penetraba en la lujosa estancia.

El millonario cerró de un portazo y aclaró:

—¡Demasiado en recorrer la distancia que hay desde la verja hasta aquí, Curtis!

El detective tosió.

—Lo siento, me entretuve un poco con Richard.

—¿Con el mayordomo...?

—Sí, siempre olvido su nombre. Le llamé Sebastián, Bautista, Charles, Robert, Arthur...

Hasta que, finalmente, lo acerté.

—¿Y olvidó también el nombre de la doncella...?

—No —respondió Glenn—. ¿Por qué lo pregunta, señor Reynolds?

—¡Porque sospecho que también se entretuvo usted con ella, Curtis!

Glenn tosió de nuevo.

—Cambiamos unas palabras, es cierto, pero...

—¿Sólo palabras, Curtis?

—Claro. ¿Qué otra cosa podríamos cambiar...?

El millonario rezongó algo y dijo:

—Infórmeme de todo lo que ha podido averiguar sobre Kevin Wesley, Curtis.

CAPÍTULO III

La amenaza del encapuchado le quitó a Mandy Reynolds las ganas de ponerse a chillar como una loca. Los tipos habían matado a Donovan y Fallón, y ella no quería que matasen también a Kevin Wesley.

Y los creía muy capaces de hacerlo.

Mandy los miraba a los cuatro con ojos desencajados, pálida, temblorosa.

Adivinaba que aquello era un secuestro, pero, no obstante, preguntó:

—¿Qué es lo que quieren?

—Sacarle a tu abuelo un buen pellizco, preciosa —respondió el encapuchado que golpeara a Kevin en la cabeza, con su arma, haciéndole perder el conocimiento.

—¿A mi abuelo...?

—Tendrá que entregarnos un millón de libras si quiere volver a verte con vida —habló el tipo que golpeara en el estómago a Kevin.

Mandy respingó.

—¡Un millón de libras...!

—¿Te parece mucho, guapa? —preguntó uno de los individuos que la tenían sujeta.

—¡Naturalmente!

—Tu abuelo puede pagar ese rescate. Y lo pagará, estamos seguros —dijo el otro encapuchado que la sujetaba.

Mandy no replicó.

Sus aterrados ojos volvieron a posarse en el cuerpo inmóvil de Kevin Wesley, descubriendo que tenía sangre en la cabeza. El duro golpe que recibiera en la región occipital le había causado una herida, y de ella brotaba la sangre.

—¡Dios mío! —gimió Mandy, horrorizada.

—Larguémonos de aquí, muchachos —dijo el responsable de la herida de Kevin.

Los cuatro encapuchados echaron a andar, llevándose a la nieta de Howard Reynolds. Cuando pasaron junto al Chrysler azul, Mandy pudo ver a Donovan y Fallón, ensangrentados, rígidos, muertos, y aún se horrorizó más.

—¡Asesinos! —gritó, sin poderse contener.

—¡Silencio o te duermo de un puñetazo! —amenazó uno de los tipos que la llevaban sujeta.

Mandy se calló.

No quería que la golpearan. Y, menos aún, que la dejaran inconsciente, porque entonces no sabría lo que los secuestradores hacían con ella.

Y podían hacer tantas cosas...

Era una mujer.

Una mujer joven, bonita, bien formada...

¿La respetarían los secuestradores?

¿Tratarían de abusar de ella?

Mandy temía lo segundo, y por eso quería permanecer consciente. Si alguno de los tipos intentaba violarla, se defendería con uñas y dientes.

A unos treinta metros del Chrysler, oculto, estaba el coche de los secuestradores. Era un Ford marrón y Mandy fue obligada a entrar en él, por la parte de atrás, siendo inmediatamente flanqueada por dos de los tipos. Los mismos que la habían llevado sujeta.

Los otros dos individuos ocuparon el asiento delantero y, el que se hallaba frente al volante, indicó:

—Colocadle un capuchón a la chica.

El tipo que tenía Mandy a su derecha tomó el capuchón y se lo puso, sin olvidar que los orificios para los ojos y la boca quedasen en la parte de atrás, para que la joven no pudiera ver nada.

El terror de Mandy se acentuó y, de forma instintiva, hizo ademán de levantar las manos, para arrancarse el negro capuchón, pero justo en ese momento oyó decir al fulano que se había sentado al volante:

—Si mueve un solo dedo, atadle las manos a la espalda.

Mandy dejó sus manos quietas.

No quería que los secuestradores la ataran, porque entonces no podría defenderse. Tenía que seguir con las manos libres, así que se resignó a viajar con el capuchón colocado y sin poder ver nada.

El tipo que estaba al volante se despojó de su capuchón y los otros tres hombres le imitaron, mostrando todas sus caras. Unas caras que Mandy no podía ver, por culpa del capuchón que cubría totalmente su cabeza.

Segundos después, el coche de los secuestradores se ponía en movimiento y se alejaba del tranquilo y solitario lugar, ganando rápidamente velocidad.

Glenn Curtis disimuló un respiro de alivio cuando Howard Reynolds le pidió que le informara de todo lo que había podido averiguar sobre Kevin Wesley, olvidándose de la sugestiva Sally.

—Con mucho gusto, señor Reynolds —respondió el detective—. Kevin Wesley, el nuevo amigo de su nieta, es lo que se llama un experto conquistador. Sus aventuras amorosas se cuentan por docenas. Ha dormido con más de cien mujeres. Bueno, lo de dormir es un decir, claro —carraspeó.

Howard Reynolds, que se había sentado en el sofá, le dirigió una mirada severa.

—Esa puntualización no era necesaria, Curtis.

—Lo siento.

—Continúe, Curtis.

—Bien, como le iba diciendo —prosiguió el detective, al tiempo que se sentaba en uno de los sillones—. Kevin Wesley se las lleva de calle. Su buen físico, su elegancia, y su habilidad para tratar a las mujeres, le convierten poco menos que en un hombre irresistible. Todas se le entregan sin condiciones, pero el muy zorro no se compromete con ninguna. Parece que no quiere perder su soltería, que sólo piensa en divertirse. Conoce a una mujer, lo obtiene todo de ella, y luego la deja. De casarse, por el momento, nada. —Gozza de una buena posición económica, ¿verdad?— preguntó el millonario.

—Así parece, viendo dónde vive, cómo viste, y qué modelo de coche conduce. Pero, según mis averiguaciones, Kevin Wesley tiene menos dinero de lo que aparenta. Bastante menos, señor Reynolds. Como no trabaja, y se da la gran vida, sus reservas económicas se han ido agotando y dentro de poco tendrá que doblar el espinazo

para poder comer. O eso, o cobrarles a las mujeres con las que se acuesta, que tampoco sería mal negocio. Howard Reynolds volvió a mirarlo con severidad.

—Curtis...

El detective tosió ligeramente.

—Discúlpeme, señor Reynolds.

—¿Algo más que añadir sobre Kevin Wesley, Curtis?

—No, es todo, señor Reynolds. Si acaso, un comentario final sobre lo que en mi opinión pretende ese pájaro de pelo rubio saliendo con su joven y bella nieta. O bien casarse con ella, para asegurarse económicamente su futuro, o bien llevársela a la cama y divertirse con ella durante algunos días, como ha venido haciendo con las demás mujeres hasta ahora. Y usted perdone, señor Reynolds.

Contrariamente a lo que esperaba el detective, el millonario no le recriminó esta vez por sus últimas palabras. Es más, esbozó incluso una sonrisa, antes de decir:

—Lo segundo no me preocupa en absoluto, Curtis.

—¿De veras? —se sorprendió Glenn.

—Sé cómo piensa Mandy y estoy seguro de que no permitirá que Kevin Wesley la haga suya, por muy apuesto, elegante, y experto que sea. Ha salido con varios hombres, usted lo sabe, porque le he encargado la investigación sobre algunos de ellos, y ninguno ha conseguido llevársela a la cama. Un par de besos, algún abrazo... Es todo lo que mi nieta consiente a los hombres que salen con ella. Lo sé porque mis hombres la siguen a todas partes y luego me informan.

—Entiendo.

El millonario se puso nuevamente serio y confesó:

—Me preocupa más lo otro, Curtis.

—¿Que Kevin Wesley pretenda contraer matrimonio con su nieta, para asegurarse el futuro...?

—Sí.

—Pues yo apostaría por ello, señor Reynolds. ¿Y sabe por qué...?

—No.

—Kevin lleva saliendo ya algún tiempo con Mandy. Y, según usted, no ha conseguido de ella más que algún beso y algún abrazo. Eso es muy poco para un tipo como Kevin, acostumbrado como está

a poseer a una mujer en cuanto la conoce. Si pretendiera eso de Mandy, habría dejado ya de salir con ella, en vista de su resistencia para meterse en la cama con él. Si continúa saliendo con su nieta, pese a no obtener prácticamente nada de ella, es porque se ha propuesto enamorarla y hacerla su esposa.

El millonario asintió levemente con la cabeza.

—Es muy posible, Curtis. Por eso dije antes que me preocupa más esa posibilidad que la otra. Si Mandy se enamora de Kevin, y puede perfectamente ocurrir, me odiará si le digo que él sólo busca la fortuna que ella heredará a mi muerte. No me creerá. Ni creerá tampoco que Kevin es un tipo sin escrúpulos, acostumbrado a tomar y dejar a las mujeres como si fueran objetos. Ni que es un vago, capaz de hacer cualquier cosa menos trabajar.

—Entonces, dígaselo antes de que se enamore —aconsejó Glenn—. Podría ser la solución, sí. Aunque puede que Mandy lo esté ya, y si es así, tendremos la misma —repuso el millonario.

Glenn iba a decir algo, cuando la puerta se abrió de pronto y Kevin Wesley irrumpió en el salón con las facciones desencajadas. Tenía, además, manchas de sangre en la camisa y en la chaqueta.

—¡Señor Reynolds! —exclamó.

El millonario saltó del sofá, visiblemente alarmado.

—¿Dónde está Mandy...?

—¡La han secuestrado, señor Reynolds! —informó el rubio.

CAPÍTULO IV

Howard Reynolds palideció sensiblemente al oír que su nieta había sido secuestrada.

—¿Qué pasó con Donovan y Fallón? —preguntó—. ¿Por qué no lo impidieron?

—¡Los liquidaron, señor Reynolds! —comunicó Kevin Wesley.

—¿Qué...?

—¡En su propio coche, a tiros!

El millonario se tambaleó.

Glenn Curtis, temiendo que Howard Reynolds se desplomara, brincó del sillón y lo sujetó.

—Trate de sobreponerse, señor Reynolds.

—Estoy bien, gracias —respondió el millonario, pero no era verdad, porque la noticia del secuestro de Mandy le había afectado demasiado y corría el peligro de desvanecerse.

Por ello, Glenn no lo soltó.

Kevin pareció reparar por primera vez en la presencia del detective.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Curtis y soy detective privado.

—¿Detective privado...?

—Le encargo algún asunto de vez en cuando —explicó Howard Reynolds, que poco a poco se iba sintiendo mejor.

—Ya.

—Vuelva a sentarse en el sofá, señor Reynolds —rogó Glenn.

—No, quiero saber lo que ocurrió.

—Se enterará igual sentado que de pie. Vamos, obedezca —insistió el detective.

El millonario obedeció y pidió:

—Cuéntame lo que pasó, Kevin.

El rubio refirió lo sucedido, añadiendo:

—No pude impedir que los tipos se llevaran a Mandy, señor Reynolds, porque no tuve oportunidad de defenderla. Como ya le he explicado, me golpearon en cuanto salí del coche y perdí el conocimiento. Cuando me recobré, los secuestradores ya se habían largado. Sólo estaban Fallón y Donovan, muertos en su coche. Debieron sorprenderlos antes que a nosotros, para que no pudieran intervenir. Mandy y yo no nos dimos cuenta de nada. Como las pistolas de los tipos iban provistas de silenciador...

El millonario se enfureció.

—¿Por qué demonios tuviste que llevar a Mandy a ese solitario lugar, Kevin?

—De haber sabido lo que iba a suceder, no lo hubiera hecho, puede estar seguro. Pero yo ignoraba, lógicamente, que no sólo nos seguían Donovan y Fallón, sino también cuatro individuos dispuestos a raptar a Mandy. De cualquier manera, pienso que los secuestradores hubieran actuado igualmente de haber llevado a Mandy a cualquier otro lugar. Eran cuatro e iban bien armados. Podían llevar a cabo su pían en cualquier sitio. —¡No les hubiera resultado tan sencillo como en ese solitario bosquecillo!— replicó el millonario.

—Tal vez. Pero la cosa ya no tiene remedio, señor Reynolds. Sólo puedo decir que lo siento. Tanto como pueda sentirlo usted, se la aseguro.

¡Ni mucho menos!

—Bueno, ya sé cuánto quiere usted a Mandy, pero yo...

—¡Tú no la quieres ni la mitad que yo, Kevin!

El rubio fue a replicar, pero Glenn Curtis se le adelantó:

—Por favor, señor Reynolds, no se exalte usted. No le conviene, dado su estado.

—¡Le repito que me encuentro bien, Curtis!

—Si continúa excitándose, se encontrará pronto muy mal. Lo que debe hacer es tranquilizarse y pensar con calma lo que conviene realizar para conseguir la libertad de su nieta.

—¡Hay que avisar inmediatamente a Scotland Yard!

Glenn compuso una mueca.

—Creo que eso sería un error, señor Reynolds.

—¿Por qué?

—Si Scotland Yard interviene, los secuestradores pueden matar a Mandy. Ya verá cómo, cuando le telefoneen para pedirle un fuerte rescate, le advierten que no debe avisar a la policía si desea volver a ver viva a su nieta.

—Dios mío... —musitó el millonario, estremeciéndose.

—Yo opino lo mismo que Curtis, señor Reynolds —dijo Kevin—. La policía no debe intervenir. Podría costarle la vida a Mandy.

Howard Reynolds asintió levemente con la cabeza.

—De acuerdo, no avisaré a Scotland Yard. Esperaré la llamada de los secuestradores y... —No tardarán en ponerse en contacto con usted, ya verá— dijo Glenn, para darle ánimos, porque el millonario tenía los ojos húmedos y reprimía a duras penas las lágrimas.

Todavía flotaban en el aire las palabras del detective privado, cuando el teléfono se puso a sonar.

* * *

Howard Reynolds dio un respingo y exclamó:

—¡Los secuestradores!

—¡Conteste, señor Reynolds! —pidió Kevin Wesley.

Glenn Curtis atrapó el auricular y se lo ofreció al millonario, quien inmediatamente lo tomó y se lo llevó al oído con mano temblorosa.

—¿Diga...?

—¿Howard Reynolds...? —preguntó una voz masculina.

—¡Sí!

—Parece usted muy excitado, señor Reynolds. Sabe ya que hemos secuestrado a su nieta, ¿verdad?

—¡Así es!

—Dejamos con vida al amigo de su nieta para que pudiera comunicárselo.

¡Hace sólo unos minutos que ha llegado, con una herida en la cabeza!

—No habrá informado usted a la policía, ¿verdad?

—¡No!

—Bien hecho. Si hubiera llamado a la policía, su nieta estaría muerta dentro de unos minutos.

El millonario se estremeció.

—¡No le hagan ningún daño, se lo suplico!

—Tranquilícese, señor Reynolds. No tenemos intención de rozar siquiera su preciosa nieta. Se la devolveremos sana y salva cuando nos entregue usted el rescate.

—¿Cuánto exigen por su libertad?

—Un millón de libras.

Howard Reynolds no pudo reprimir un respingo.

—¿Un millón...?

—Para usted no es demasiado, lo sabemos. Y tratándose de la vida de su nieta...

—De acuerdo, tendrán el millón de libras —accedió Howard—. Pero antes quiero asegurarme de que Mandy está bien, que no le han causado ustedes ningún daño. —Le permitiremos hablar con ella, pero no ahora, sino la próxima vez que le telefoneemos para indicarle adónde debe llevar el rescate, qué día, y a qué hora—. ¡Por favor, déjenme hablar con Mandy ahora! ¡Sólo unas pocas palabras! —suplicó el millonario.

—Lo siento, señor Reynolds, pero no es posible.

—¿Por qué?

—Su nieta no está conmigo, le estoy hablando desde otro lugar. Pura precaución, ¿entiende?

Howard se mordió los labios.

—¿Me jura usted que no han maltratado a Mandy?

—Que me muera de repente si le hemos puesto la mano encima. Ella misma se lo confirmará, cuando hable con usted.

El millonario se sintió un poco mejor, aunque no demasiado, porque el tipo podía estar mintiendo. De individuos de su calaña, podía esperarse cualquier cosa.

—Le volveré a llamar mañana, señor Reynolds —dijo el fulano—. Y procure tener preparado el millón de libras, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Adiós, señor Reynolds. Y recuerde que la policía debe quedar al margen de esto, porque si no fuera así, Mandy lo pagaría con la vida. Y no tendría una muerte rápida y dulce, se lo garantizo. Nos ensañaríamos con ella —advirtió el secuestrador, y luego cortó la comunicación.

El millonario tuvo un fallo cardíaco.

—¡Canallas! —rugió, con ganas de estampar el auricular contra el suelo.

Glenn Curtis le quitó el teléfono de la mano, con delicadeza, y lo colgó, preguntando:

—¿Qué le han dicho, señor Reynolds?

Howard se lo contó, sin poder evitar ya que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas.

—No se preocupe usted, señor Reynolds —dijo el detective, oprimiéndole el hombro—. Como no llegó a avisar a Scotland Yard, su nieta no sufrirá ningún daño.

Seguro que no —intervino Kevin—. La soltarán en cuanto tengan el rescate en su poder.

—Y qué rescate... —murmuró Glenn.

—Si me devuelven a Mandy sana y salva, no me importará haber pagado un millón de libras —aseguró Howard—. Daria por ella todo cuanto poseo. Incluso mi vida.

Glenn se pellizcó la oreja izquierda.

—¿Sabe lo que voy a hacer, señor Reynolds?

—¿Qué?

—Ir al lugar en donde Mandy fue secuestrada. —¿Para qué?— preguntó Kevin. —Quiero echar un vistazo. Quizá tenga suerte y encuentre alguna pista. ¿Me acompaña usted, Wesley...? Suponiendo que la herida de su cabeza no se lo impida, claro.

El rubio se llevó la mano a la parte posterior del cráneo.

—Ni me acordaba ya de ella. Iré con usted, Curtis. Aunque me temo que vamos a perder el tiempo —profetizó.

CAPÍTULO V

Glenn Curtis y Kevin Wesley se trasladaron al lugar de los hechos en el Opel-Monza del rubio, que el detective privado se ofreció a conducir, debido al estado físico del propietario del vehículo.

Kevin no se opuso, ya que le dolía bastante la cabeza y también el estómago. Hubiera podido manejar el volante él, a pesar de todo, pero prefirió que lo hiciera el detective.

Por el camino hablaron muy poco. Apenas cambiaron unas palabras, que sirvieron para que Kevin lamentara de nuevo lo sucedido en el solitario bosquecillo, añadiendo:

—Howard Reynolds no debió hablarme así. Yo también quiero mucho a Mandy. Estoy enamorado de ella y tengo intención de hacerla mi esposa. Sufro tanto por su secuestro como pueda sufrir el viejo.

—Disculpe al señor Reynolds, Wesley. Se hallaba terriblemente afectado cuando pronunció esas palabras. Seguro que no quería decir lo que dijo.

—¿Usted cree, Curtis? —Claro.

Poco después, llegaban al lugar en donde permanecía parado el Chrysler azul. Glenn Curtis detuvo el Opel-Monza detrás de él y salió del vehículo, siendo imitado por Kevin Wesley.

El detective se asomó por la ventanilla del Chrysler y observó los cuerpos sin vida de Donovan y Fallón.

—Les hicieron cuatro agujeros a cada uno, nada menos —rezongó.

—Asesinos... —masculló Kevin, apretando los puños.

Glenn se retiró de la ventanilla del Chrysler y caminó hacia el bosquecillo, seguido de Kevin. Cuando lo alcanzaron, el rubio señaló unas manchas de sangre que se veían en el suelo y dijo:

—Aquí fue, Curtis.

El detective examinó el suelo, en el que habían quedado impresas las huellas de los neumáticos del Opel-Monza, así como las marcas de los finos tacones de los zapatos de Mandy Reynolds.

No encontró nada más, por lo que trató de seguir las huellas dejadas por la nieta de Howard Reynolds al caminar.

—Sígame, Wesley —indicó, con la vista clavada en el suelo.

—¿Ha descubierto algo, Curtis?

—Sí.

—¿El qué?

—Marcas de tacones femeninos. Los de los zapatos de Mandy.

—¿Está seguro?

—Nos llevarán hasta el lugar en donde los secuestradores dejaron su coche.

Efectivamente, así fue.

Y, una vez allí, descubrieron las huellas de los neumáticos del Ford de los secuestradores. —Aquí estaba el coche de los tipos —dijo Glenn—. Mandy fue obligada a subir en él y se la llevaron. Desgraciadamente, estas huellas desaparecerán en la carretera y no podremos seguir las. Aquí quedaron impresas porque hay tierra, pero en el asfalto... —Qué pena. Nos hubieran llevado hasta el lugar en donde los secuestradores tienen a Mandy— respondió Kevin.

—No se preocupe, Wesley. Sé cómo averiguar dónde llevaron los tipos a Mandy. El rubio respingó.

—¿De veras...?

—Sí.

—¿Cómo, Curtis?

—Así —respondió Glenn, y le estrelló el puño en el mentón.

* * *

Kevin Wesley cayó al suelo.

Desde allí, sin hacer nada por levantarse, miró con sorpresa al detective privado y exclamó:

—¿Qué mosca le ha picado, Curtis?

Glenn le apuntó con el dedo y dijo:

—Tú lo planeaste todo, Wesley.

—¿Que yo planeé qué...?

—El secuestro de Mandy.

—¡Está loco!

—Te he investigado, Wesley, y sé la clase de vida que has llevado hasta ahora. Mujeres, juergas, diversión... No has trabajado jamás y tu dinero se está acabando. Por eso se te ocurrió lo del secuestro de Mandy. Si le sacas un millón de libras a su abuelo, no tendrás necesidad de casarte con ella.

Kevin se incorporó, furioso.

—¡Voy a hacer que te tragues tus palabras, Curtis! —rugió, y se lanzó sobre el detective. Glenn recibió un puñetazo en la barbilla, pero supo encajarlo y respondió con un trallazo a la mandíbula de su rival, al que hizo trastabillar.

Kevin volvió de nuevo a la carga.

Esta vez, sin embargo, Glenn supo esquivar el puñetazo del rubio, agachando la cabeza. Un segundo después, el puño izquierdo del detective se incrustaba en el hígado de Kevin.

El rubio rugió de dolor y se encogió, con los ojos apretados.

Glenn le atizó con la derecha, en el pómulo, y lo mandó irremisiblemente al suelo.

Kevin tardó un poco en levantarse.

—Te aconsejo que lo confieses todo, Wesley —dijo Glenn—. Te ahorrarás bastantes golpes.

—¡Bastardo! —Ladró Kevin, y le atacó de nuevo, utilizando la cabeza en esta ocasión.

El detective no pudo apartarse y recibió el cabezazo en el estómago.

Cayeron los dos al suelo.

Kevin quedó encima de Glenn y aprovechó la ocasión para asestarle un par de puñetazos en el rostro, pero el detective supo reaccionar y lo hizo caer de lado de un zurdazo a la quijada.

Glenn se irguió con prontitud.

Kevin se incorporó también, pero esta vez no fue el primero en atacar. Lo hizo el detective, que le golpeó varias veces en el rostro, en el pecho, y en el estómago. El rubio intentó contraatacar, pero no supo frenar la avalancha de puñetazos y acabó en el suelo, sin fuerzas para levantarse y continuar la lucha.

Glenn, que sangraba ligeramente por la comisura de la boca, se

sentó en el vientre del rubio y lo agarró de la camisa con su mano izquierda.

—¡Confiesa, Wesley! —gritó, levantando la mano derecha, para que supiera lo que le esperaba si no hablaba.

A pesar de ello, Kevin ladró:

—¡No tengo nada que confesar! ¡Yo no planeé el secuestro de Mandy, lo juro! —¡Judas también juró, pero en falso!— replicó Glenn, y comenzó a abofetearle con dureza.

—¡No, Curtis! ¡Basta!

—¡Habla, maldito! ¡Dime dónde llevaron los tipos a Mandy!

—¡No lo sé!

—¡Confiesa o te destrozaré la cara a golpes!

Kevin no confesó nada, pero como la dura mano del detective seguía cayendo sobre su rostro, hinchado y ensangrentado, llegó un momento en que no pudo resistir más y gritó:

—¡Basta, Curtis! ¡Te diré dónde está Mandy!

CAPÍTULO VI

Glenn Curtis interrumpió el castigo, pero siguió sentado sobre el vientre de Kevin Wesley, sin soltarle la camisa.

—Estaba seguro de que había sido cosa tuya, gusano —dijo, masticando las palabras.

—¿Por qué?

—El hecho de que trajeras a Mandy a este solitario lugar, ya me hizo sospechar. Es ideal para llevar a cabo un secuestro. Los tipos aguardaban aquí, ocultos, ¿verdad?

—Sí.

—De haber seguido al Chrysler, Donovan y Fallón se hubieran percatado de ello y se habrían puesto en guardia. Eso también me hizo sospechar. Y encontré extraño, asimismo, que los secuestradores liquidaran sin contemplaciones a Donovan y Fallón, y en cambio se limitaran a propinarte a ti un par de golpes. En buena lógica, debieron matarte también. Eso de que te dejaron con vida para que pudieras comunicarle a Howard Reynolds el secuestro de su nieta, no me convenció. Suelen comunicarlo los propios secuestradores, porque así impresiona más.

Kevin lo miró con odio.

—Eres muy listo, Curtis.

—Soy detective privado, no lo olvides.

—¿Por qué me investigaste? ¿Te lo ordenó el viejo...?

—Así es. Quería saberlo todo sobre el nuevo amigo de su nieta. Y yo le di un informe bien completo.

—Ahora comprendo por qué me habló de aquella manera.

—Pensaba, lo mismo que yo, que pretendías enamorar a Mandy y casarte con ella para asegurarte económicamente el futuro. Pero no, ya habías planeado secuestrar a Mandy y pedir un millón de

libras por su libertad.

—Era mejor que perder la mía —repuso cínicamente el rubio.
Glenn levantó el puño.

—¡Debería machacarte, por cerdo!

—Creí que lo habías hecho ya.

—¡No te he dado ni la mitad de lo que te mereces, Wesley!

—Pues yo me siento como si me hubieras dado el doble, Curtis.

El detective bajó el puño, sin golpearle, aunque advirtió:

—Si Mandy sufre algún daño, te sacaré las tripas por la boca, te lo juro.

—Si lo sufre, no será mía la culpa, porque yo ordené que no la rozaran siquiera —repuso Kevin.

—¿Dónde está?

—En un viejo caserón, solitario, abandonado.

—Me vas a llevar hasta él, Wesley.

—Como no cargues conmigo...

—No será necesario, ya verás —dijo Glenn, irguiéndose—. Vamos, arriba.

—Necesitaría una grúa para levantarme, Curtis.

—¿Prefieres que te levante yo a puntapiés?

—Está bien, lo intentaré —suspiró el rubio, al ver que el detective echaba su pierna derecha hacia atrás, dispuesto a soltar la primera patada.

Le costó mucho, pero finalmente consiguió ponerse en pie.

—¿Ves como no hacía falta una grúa? —dijo Glenn, con ironía.

—No podré sostenerme, Curtis.

—Ya lo creo que podrás. Y caminar también podrás.

—Como no me prestes un par de muletas...

—¡Vamos, muévete!

Kevin no tuvo más remedio que echar a andar.

Lo hacía tambaleante como un borracho, porque le dolía todo y sentía las piernas tan débiles que se le doblaban.

—¿Ves como sí puedes caminar, Wesley...? —sonrió Glenn.

El rubio lo maldijo con el pensamiento y advirtió:

—Me voy a desplomar de un momento a otro, Curtis.

—Te aconsejo que no lo hagas, porque te daré tal puntapié en el trasero, que volarás por los aires como un pájaro.

Kevin, instintivamente, se llevó las manos a las posaderas.

—Eres un negrero, Curtis.

—No puedo tener miramientos contigo, Wesley. Eres un mal bicho y he de tratarte como a tal.

—Como tenga la oportunidad de desquitarme... —masculló el rubio.

—No creo que se te presente.

—Ya veremos.

—Piensas que no podré rescatar a Mandy, ¿eh?

—No te será fácil, desde luego. Tendrás que vértelas con cuatro hombres armados, y eso...

—Les amenazaré con matarte si intentan algo contra mí. Porque yo también voy armado, ¿sabes? —dijo Glenn, y extrajo su revólver, un arma de cañón corto y calibre treinta y ocho.

Los hinchados labios de Kevin dibujaron una burlona sonrisa.

—No creas que eso les detendrá, Curtis. Es más, si me liquidas les harás un favor, porque ellos seguirán adelante con el plan y se quedarán con el millón de libras.

—¿Tan poca estima te tienen tus compañeros...?

—La misma que yo a ellos. O sea, ninguna. Son gentuza, Curtis.

—Tú no eres mejor que ellos, Wesley.

El rubio no replicó.

Estaban ya muy cerca del Opel-Monza.

Kevin lo alcanzó y se apoyó en él jadeante.

—Parece un milagro que haya podido llegar hasta aquí sin caerme ni una sola vez. —Vamos, deja de hacerte el mártir y entra en el coche— indicó el detective. —Lo vas a conducir tú, Wesley.

—Imposible.

—¿Quieres apostarte algo...?

—Estoy hecho polvo, Curtis. Conduce tú, por favor. Yo te iré indicando el camino.

—No, conducirás tú, Wesley. Yo necesito tener las manos libres, para poder zurrarte si intentas alguna jugarreta.

—Para jugarretas estoy yo... —rezongó Kevin.

—Vamos, adentro.

—Está bien, tú mandas. Pero si nos salimos de la carretera y nos estrellamos contra un árbol, luego no me echas la bronca.

—Procura que eso no suceda, porque me enfadaré y te destrozaré la rodilla de un balazo, por mal conductor.

Kevin se estremeció, pero no dijo nada.

Como ya estaban los dos en el interior del Opel-Monza, el rubio lo puso en marcha, con alguna dificultad, y el vehículo abandonó el lugar.

* * *

Mandy Reynolds había sido encerrada en una sucia y húmeda habitación, cuya ventana, aparte de contar con la protección de una sólida reja, había sido concienzudamente sellada con gruesas tablas de madera, así que no sólo era imposible escapar por ella, sino ni siquiera echar una ojeada al exterior.

La única luz de la habitación, procedía de la bombilla que pendía del techo. Una luz débil, debido principalmente a que la bombilla se hallaba cubierta de polvo. Las moscas, además, se habían ensañado con ella, llenándola de puntitos negros.

La habitación no era pequeña, pero se hallaba casi totalmente desprovista de muebles. Sólo contaba con una cama metálica, bastante alta, una silla, y un viejo palanganero.

En la cama, que también tenía ya sus años, no había almohada ni sábanas. Sólo el colchón desnudo. Un colchón duro y sucio, que olía mal, como todo.

Mandy no pensaba acostarse en él, por mucho sueño que tuviera y muy cansada que se hallara. Prefería pasar la noche sentada en la silla, despierta. De momento, sin embargo, permanecía de pie y paseaba por la habitación.

Los secuestradores le habían quitado el negro capuchón antes de encerrarla allí y no le habían atado las manos, de lo cual se alegraba mucho la joven.

Por el camino, ella no intentó nada y los tipos no tuvieron necesidad de maniatarla. Por otra parte, ninguno de los secuestradores había intentado aprovecharse, así que Mandy no se había visto obligada a defenderse.

Hasta el momento, al menos, la habían respetado.

Ello, unido al hecho de que los secuestradores no le habían mostrado sus caras, hacía pensar a la joven que los tipos tenían intención de devolverla sana y salva en cuanto tuviesen el millón de libras en su poder.

Si pensaran matarla, no se molestarían en cubrir sus rostros con los siniestros capuchones, porque ella no podría delatarles. Si encubrían su personalidad, era porque pensaban soltarla cuando recibiesen el dinero.

A pesar de todo, Mandy seguía asustada. Se hallaba en poder de cuatro hombres, de cuatro indeseables, de cuatro asesinos, y en cualquier momento podían demostrar que carecían totalmente de escrúpulos y de sentimientos.

Por eso pensaba pasarse toda la noche en vela.

No quería que los tipos la sorprendiesen dormida.

Mandy siguió paseando nerviosamente por la habitación.

Pensó en su abuelo y en el disgusto que se habría llevado al enterarse de que ella había sido secuestrada. Se encontraba bien de salud, pero tenía ya setenta y dos años, y una noticia así...

—Confío en que su viejo corazón no falle —musitó, apretándose las manos.

Lo del elevadísimo rescate, no preocupaba a la joven, pues estaba segura de que su abuelo accedería a pagarlo. Sabía cuánto la quería y no dudaría en entregar un millón de libras por su libertad.

De pronto, se escuchó un ruido en la cerradura de la puerta.

Mandy se detuvo y clavó los ojos en ella, adivinando que alguno de los secuestradores iba a entrar en la habitación.

Y no se equivocó.

CAPÍTULO VII

La puerta, efectivamente, se abrió y uno de los secuestradores penetró en la habitación, con el negro capuchón colocado. Portaba una pequeña bandeja, en la que descansaban un par de emparedados y una lata de cerveza.

—Te traigo la cena, preciosa —dijo, al tiempo que cerraba la puerta.

Mandy no respondió.

El tipo la miró.

—¿No tienes apetito, encanto?

—No.

—¿Cómo es eso...?

—¿Lo tendría usted, en mi lugar?

—Seguro que sí.

—Lo dudo mucho.

El tipo sonrió y mostró sus dientes a través de la raja bucal del capuchón.

—Dejaré la bandeja sobre la silla. Si no tienes apetito ahora, ya lo tendrás más tarde.

Mandy no dijo nada.

El secuestrador depositó la pequeña bandeja en la silla y la miró de nuevo. Esta vez lo hizo de arriba a abajo y lentamente, fijándose bien en cada relieve de la esbelta figura de la nieta de Howard Reynolds.

Mandy vio que los ojos del tipo brillaban de forma sucia y sintió un escalofrío, porque aquello no parecía presagiar nada bueno para ella.

—¿Sabes que estás como quieres, nena? —Piropeó el fulano.

—Lárguese y déjeme en paz.

—Antes me gustaría probar el sabor de tus labios.

—¡Ni lo intente!

—No quieres que te bese, ¿eh?

—¡Me repugnaría!

—Pues con el tipo rubio bien que te dabas el pico.

—¡Eso a usted no le importa!

—Reconozco que no soy tan atractivo como tu amigo, pero te apuesto lo que quieras a que sé besar mejor que él. Anda, ven a mis brazos —pidió el secuestrador, dando un paso hacia ella.

Mandy dio un salto hacia atrás.

—¡No se acerque a mí!

—No seas tonta, nena. Sólo quiero un beso. Dámelo por las buenas y así no tendré que mostrarme duro contigo.

—¡No!

—Mira, muñeca, si te muestras arisca y antipática conmigo, no me conformaré con un beso. Querré más cosas. Y ya puedes suponer a qué cosas me refiero, así que más te vale mostrarte dócil y complaciente. ¿De acuerdo...?

Mandy no contestó.

Su espalda había topado con la pared y ya no podía retroceder más.

Se sentía sencillamente aterrorizada.

¿Qué debía hacer?

¿Dejarse besar sumisamente por el tipo, para que no la maltratara y le exigiera más cosas...?

¿Negarle el beso y luchar con él...?

Si fuera cierto que el secuestrador se conformaría con un beso, accedería a dárselo, pero dudaba mucho que no tratase de obtener más cosas.

El tipo estaba ya a sólo un metro de ella.

—¿Qué, me das el beso por las buenas, primor...?

—¿Se irá después? —preguntó Mandy.

—Desde luego.

—Está bien, bésame.

—Te gustará, ya verás —sonrió el secuestrador, y la cogió por los hombros.

Después, la besó en los labios.

Fue un beso tosco, apretado, casi salvaje.

Mandy sintió náuseas, pero se aguantó, con la esperanza de que el tipo se conformara con eso y se largara.

Pero no, el individuo no se conformó.

Mandy lo supo cuando sintió que una mano le aprisionaba el seno izquierdo por encima de la blusa. Y, como aquello no estaba dispuesta a permitirlo, elevó bruscamente la rodilla y se la incrustó entre los muslos al secuestrador.

El tipo separó inmediatamente su boca de la de ella y emitió un aullido de lobo pillado en una trampa, al tiempo que se encogía y se llevaba ambas manos al bajo vientre.

Mandy se alejó rápidamente de él.

La puerta estaba cerrada, pero no con llave en aquel momento, por lo que la muchacha corrió hacia ella.

Tenía que intentar huir, después de lo sucedido, porque si el tipo la atrapaba se lo haría pasar muy mal.

No le perdonaría el rodillazo en los genitales, seguro.

Mandy alcanzó la puerta y abrió.

En el corredor no había nadie, así que salió de la habitación y cerró la puerta con rapidez. La llave estaba puesta en la cerradura, por lo que Mandy no dudó en hacerla girar, para que el tipo no pudiera lanzarse en su persecución.

El secuestrador seguía rabiando de dolor, pero al oír girar la llave en la cerradura, corrió hacia la puerta, encogido como un mono, y comenzó a aporrearla con su puño derecho.

—¡Abre, perra! ¡No conseguirás escapar! ¡Mis compañeros te atraparán y te darán lo que te mereces! ¡Y yo también te lo daré, zorra! ¡Me cobraré el rodillazo que me atizaste!

El grosor de la puerta no impidió que Mandy oyera las amenazas del tipo, y se le puso el vello de punta. No obstante, echó a correr, decidida a intentar la fuga.

Reconocía que sería muy difícil lograrlo, porque no conocía aquel viejo caserón ni sabía dónde se alzaba. La habían metido en él con el capuchón puesto y sólo sabía que tuvo que subir bastantes escalones para llegar a la habitación en la que fue encerrada.

Mandy dio con una escalera y descendió rápidamente por ella, procurando no hacer demasiado ruido. El tipo que ella había dejado encerrado en la habitación hacía mucho más ruido con sus puños, que seguían golpeando la puerta con furia.

La joven temía que los compañeros del tipo oyeran los golpes, pero ella nada podía hacer por evitarlo. Lo que tenía que procurar, era alcanzar la puerta del caserón, meterse en el coche de los secuestradores, que debía seguir parado frente a él, poner el motor en marcha, y salir disparada.

Desgraciadamente, uno de los individuos le cerró el paso.

¡Y no llevaba el capuchón puesto!

Mandy, por tanto, pudo verle la cara.

¡Y qué cara!

¡El tipo era feo como una blasfemia!

—¡Quieta! —ordenó el fulano, amenazándola con su pistola automática.

Mandy se quedó clavada en la escalera.

No podía desobedecer al tipo, yendo como iba armado.

El individuo se aproximó.

—¿Cómo diablos pudiste...?

—¡Su compañero intentó abusar de mí! —Hizo saber Mandy.

—¿De veras?

—¡Sí!

—¿Y qué pasó?

—¡No tuve más remedio que soltarle un rodillazo en...!

—¿Dónde?

—¡Creo que usted ya se lo imagina!

El tipo sonrió.

—En las pelotas, ¿eh?

—¡No sea grosero!

—Lo siento, cariño, pero yo no tengo tu educación y no utilizo expresiones finas. Vamos, tienes que volver a tu habitación.

Mandy empezó a subir los peldaños que había descendido en su abortado intento de huida. Le hubiera gustado sorprender al tipo feo, pero era poco menos que imposible, porque estaba muy pendiente de ella y mantenía casi dos metros de distancia. Llegaron arriba y fueron hacia la habitación, cuya puerta continuaba aporreando el secuestrador encerrado en ella.

—Lo encerraste con llave, ¿eh? —dijo el feo.

—Sí, para que no pudiera perseguirme —respondió Mandy.

—Muy lista. Vamos, ábrele.

—Prefiero que lo haga usted.

—¿Por qué?

—Su compañero está furioso conmigo, y si le abro yo, me golpeará.

—Puedo defenderte de él, si quieres.

—¡Claro que quiero!

—¿Qué me ofreces a cambio?

—Usted también, ¿eh? —Gruñó Mandy.

—Soy un hombre, preciosa.

—¿Está seguro?

El tipo frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir...?

—Bueno, a mí me parece más un gorila que un hombre, y usted perdone. Tiene una cara...

—El hombre, como el oso. Cuanto más feo, más hermoso.

—Eso dicen, pero yo no conozco a ninguna mujer que se haya casado con un oso —repuso Mandy.

—Bueno, ¿me ofreces algo o no?

—Nada.

—Entonces, dejaré que mi compañero se cobre el rodillazo que le atizaste en las...

—Ya lo dijo antes, no es necesario que lo repita —le atajó la muchacha.

—Vamos, abre la puerta.

Mandy se lo pensó mejor y dijo:

—Le daré un beso si me defiende.

—¿Nada más?

—Valdrá por tres, ya verá. Y eso que a mí los gorilas...

El feo rió las palabras de la muchacha.

—De acuerdo, te defenderé —accedió, y abrió la puerta de la habitación.

CAPÍTULO VIII

El Opel-Monza de Kelvin Wesley se hallaba ya a menos de un kilómetro del viejo y solitario caserón. Llevaba una velocidad moderada, ya que el rubio no estaba como para realizar alardes con el volante.

La verdad es que le suponía un gran esfuerzo el conducir, pero como Glenn Curtis seguía apuntándole con su revólver y parecía dispuesto a destrozarle la rodilla de un balazo si no llevaba el coche bien, Kelvin sacaba fuerzas de flaqueza y manejaba el volante lo mejor que podía.

El detective privado, muy pendiente de él, preguntó:

—¿Falta mucho, Wesley?

—No, estamos llegando.

—Detén el coche a unos cien metros de la casa y apaga las luces.

—No pretenderás que yo recorra esos cien metros a pie, ¿verdad, Curtis?

—Por supuesto que sí.

—¡Estás loco!

—Conduce y calla.

Kevin masculló algo, pero no replicó.

Poco después, detenía el coche y apagaba las luces.

—Estamos a unos cien metros de la casa, Curtis. Pero, para mí, como si estuviéramos a cien kilómetros.

—Ya será menos —sonrió ligeramente Glenn.

—Te lo juro.

—Vamos, sal del coche.

—Como no me saques tú... Estoy agotado, de veras. No me quedan fuerzas ni para levantarme del asiento. Obligarme a conducir el coche, en este estado, ha sido una tiranía.

—Pues no lo has hecho tan mal, Wesley. No nos hemos salido de la carretera ni una sola vez, no nos hemos estrellado contra ningún árbol, no hemos chocado contra ningún coche...

—Soy el primer sorprendido, créeme.

—Vamos, abajo.

—No puedo, Curtis, no puedo.

—¿Prefieres hacerlo con un plomo incrustado en la rodilla...? —amenazó el detective. Kevin tragó saliva con dificultad.

—¿Serías capaz...?

—Tienes cinco segundos para salir del coche.

—¡Eres un tirano, Curtis! —barbotó el rubio, pero salió del Opel-Monza.

Glenn salió también y dijo:

—No estás tan mal como aseguras, Wesley. Aún te han sobrado dos segundos.

—¡Vete al infierno, Curtis! —Ladró Kevin, desintegrándolo con los ojos.

—Vamos, camina. Y no vuelvas a decirme que no puedes, porque me he cansado ya de oírlo.

—¡Son cien metros, Curtis!

—Para mí. Para ti, cien kilómetros. Venga, mueve las piernas, quejica.

—¡Maldita sea! —masculló el rubio, pero echó a andar.

—Habrá alguien vigilando fuera de la casa, ¿verdad? —preguntó el detective.

—¡Yo qué sé!

—Contesta o te meto la punta del zapato entre nalga y nalga.

Kevin se protegió el trasero.

—¡Estoy para pocos puntapiés, Curtis!

—Responde, entonces.

—No estoy seguro, pero creo que habrá dos hombres vigilando fuera de la casa. Los otros dos estarán dentro, con Mandy.

—Les dirás a los que están fuera que arrojen sus armas.

—No me harán caso.

—Si no obedecen, te meteré una bala en la nuca y luego me ocuparé de ellos.

Kevin sintió una oleada de frío.

—Ya me veo cadáver, pues, porque estoy seguro de que los tipos

no arrojarán sus armas. Son gentuza, ya te lo dije, y les importará un pito que me liquides o no. Pensarán en si mismos, no en mí.

Glenn no contestó.

Le preocupaba, y mucho, que el rubio tuviera razón, ya que si no servía de nada utilizarlo como rehén, habría disparos y eso pondría en guardia a los tipos que estaban en el interior de la casa, los cuales sí podrían utilizar a Mandy como rehén y amenazar con matarla si él no se entregaba.

Y si eso sucedía, todo se vendría abajo.

* * *

En cuanto el tipo feo abrió la puerta de la habitación, su compañero salió de ella como un toro rabioso.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno, zorra! —bramó, e hizo ademán de golpear a Mandy Reynolds.

La joven gritó y dio un salto hacia atrás, aunque no era necesario, ya que el individuo que tenía cara de gorila cumplió su palabra y frenó a su compañero.

—Cálmate, chico.

—¿Que me calme...? ¡Me atizó un rodillazo donde más duele y me lo voy a cobrar!

—Lo hizo porque intentaste abusar de ella.

—¡Sólo le di un beso!

—¡Y un apretón de seno! —intervino Mandy.

—¡Mentira!

—¡Es usted quién miente, so cerdo!

—¡Espera que te agarre, perra! —rugió el tipo, forcejeando con su compañero.

Éste no lo soltó y recordó:

—No podemos maltratarla. Ni aprovecharnos de ella. Al jefe no le gustaría.

—¡Al diablo el jefe!

—Tranquilízate o tendré que sacudirte.

La amenaza del feo, más alto y corpulento que el otro, hizo efecto y éste último dejó de forcejear. Y, curiosamente, fue entonces cuando descubrió que el inesperado defensor de Mandy no llevaba puesto el capuchón negro.

—¡Tu cara! —exclamó.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—¡La llevas al descubierto!

—Oh, sí, ya lo sé. No me dio tiempo a ponerme el capuchón. Me alarmé al oír los golpes que dabas en la puerta y corrí hacia aquí como una flecha, lo que me permitió cortarle el paso a la chica.

—¿Y qué va a pasar ahora...? ¡Ella te ha visto la cara! ¡Puede delatarte, cuando la soltemos!

—Ya hablaremos de eso. Vamos, preciosa, entra de nuevo en la habitación —indicó el feo.

Mandy obedeció.

Se sentía preocupada, muy preocupada. En primer lugar, por haberle visto la cara a uno de los secuestradores, lo que podía llevarla a la muerte una vez cobrado el rescate en vez de proporcionarle la libertad, como cabía esperar.

El otro motivo de preocupación, era el tipo feo.

¿Se conformaría con un beso...?

¿Querría más cosas, como el otro...?

Pronto lo sabría, porque el individuo había entrado también en la habitación y estaba cerrando ya la puerta, dejando a su compañero en el corredor.

El tipo la miró con deseo y dijo:

—¿Vamos con el beso, bombón?

Mandy desvió nerviosamente su mirada hacia la silla sobre la que descansaba la pequeña bandeja con el par de emparedados y la lata de cerveza.

—¿Por qué no nos comemos eso antes? —sugirió.

—¿Tu cena...?

—La compartiré con mucho gusto con usted.

El feo sonrió.

—Te lo agradezco mucho, preciosa, pero yo he cenado ya. Y tu beso me va a servir de postre.

—A mí, de purga —rezongó Mandy.

—¿Cómo dices...?

—Nada, olvídalo.

El tipo se aproximó.

—Recuerda que debe valer por tres, ¿eh?

—Y usted recuerde que eso puede dispararse.

—¿El qué?

—La pistola.

El feo rió.

—Disculpa, ni me acordaba ya de que seguía en mi mano —dijo, y la devolvió a la funda axilar.

Después, acabó de aproximarse a la nieta de Howard Reynolds y la rodeó con sus poderosos brazos. La muchacha, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás. —¿Qué te pasa?— preguntó el tipo.

—Nada.

—Has echado tu cara para atrás.

—Es que, vista de cerca, no mejora nada la suya, sino más bien todo lo contrario. —Si no te gusto, lo siento mucho, pero me prometiste un beso de los buenos y me lo vas a dar, porque yo cumplí mi parte del trato y tú debes cumplir también la tuya. ¿De acuerdo, muñeca...?

—Sí. Pero recuerde que sólo le prometí un beso, ¿eh? Como haga igual que su compañero, me defenderé como pueda.

—Lo tendré en cuenta, preciosidad —sonrió el feo, y la besó con su boca de simio.

Mandy sintió un asco tremendo, pero lo soportó.

Desgraciadamente, el tipo no pudo resistir la tentación de toquetearle los senos y le metió la mano por el escote de la blusa, de forma brusca, aferrándole el pecho izquierdo con sus dedos de acero.

CAPÍTULO IX

Glenn Curtis veía ya el viejo caserón.

Y el Ford marrón de los secuestradores, parados frente a él.

—Detente, Wesley —ordenó, a media voz, aunque aún les separaba una cierta distancia de la casa.

Kevin Wesley obedeció y se agarró a un árbol, para no caerse.

—No puedo más, Curtis. Estoy a punto de desmayarme. Y me da igual que me amenaces con patearme el trasero, porque eso no hará que me levante. Ni siquiera sentiré los golpes.

—Cierra el pico, ¿quieres? —rezongó el detective.

El rubio se calló, pero continuó agarrado al árbol.

Había muchos en aquella zona, de la cual se alegraba Glenn, porque le ayudarían a aproximarse a la casa sin ser descubierto. Lo primero, sin embargo, era localizar a los hombres que vigilaban los alrededores del viejo caserón.

El detective tardó sólo unos segundos en descubrir a uno. Estaba cerca del coche, recostado contra el tronco de un árbol, quieto y silencioso.

Los ojos de Glenn siguieron escrutando los alrededores de la casa, pero no pudo descubrir a nadie más. Estaba ya pensando que solamente había un hombre de vigilancia, cuando detectó un pequeño resplandor rojizo.

El detective sonrió levemente.

Era la brasa de un cigarrillo.

El que se estaba fumando el otro tipo que permanecía de vigilancia.

Bien.

Ya había localizado a los dos vigilantes.

Ahora, tenía que encontrar la manera de atraparlos o eliminarlos

sin hacer ningún ruido, para que los otros dos secuestradores no se enteraran de lo que ocurría fuera de la casa. Estaba pensando en ello, cuando vio que Kevin Wesley se derrumbaba y quedaba tendido sobre la tierra, boca arriba, con los brazos en cruz, la cabeza ligeramente ladeada, y los ojos cerrados.

Aparentemente, había sufrido un desvanecimiento.

Glenn Curtis se arrodilló junto a él y lo zarandeó.

—Eh, Wesley.

El rubio continuó con los ojos cerrados.

Glenn, convencido de que Kevin se había desmayado, le quitó el cinturón, hizo girar su cuerpo, y le ató las manos a la espalda con él.

Mientras lo hada, se dijo que el rubio le había hecho un favor desmayándose, puesto que ya había decidido no utilizarlo como rehén para obligar a los tipos que vigilaban la casa a arrojar sus armas, convencido de que los individuos no obedecerían.

Era mejor aproximarse sigilosamente a ellos y tratar de sorprenderlos. Y lo podía conseguir, con un poco de suerte.

El detective acabó de atar a Kevin y lo dejó allí, tirado en el suelo, boca abajo. Por si acaso volvía en sí demasiado pronto, lo amordazó también con su pro pió pañuelo.

Y fue entonces cuando Kevin lo maldijo con el pensamiento.

No estaba desvanecido.

Había fingido sufrir un desmayo, astutamente anunciado por él escasos minutos antes, para evitar que el detective privado lo utilizara como escudo.

Ya contaba con que Glen Curtis lo ataría, antes de dejarlo tirado allí, pero confiaba en que no lo amordazaría, lo cual le permitiría advertir a los demás hombres que vigilaban los alrededores de la casa en el momento oportuno.

Desgraciadamente para él, Curtis le había sellado la boca y así le iba a resultar muy difícil, por no decir imposible, avisar a sus compañeros.

Continuó, no obstante, fingiéndose inconsciente. Cuando el detective se alejara, intentaría librarse de la mordaza o del cinturón que sujetaba sus manos.

Glenn, sin sospechar que el rubio se hallaba consciente, avanzó cautelosamente hacia el caserón, amparándose en las sombras y

ocultándose en los troncos de los árboles.

Trataría de sorprender, primeramente, al tipo que descubriera gracias a la brasa del cigarrillo que se estaba fumando. Al aproximarse más pudo ver al individuo.

Estaba sentado en el suelo, junto a un árbol, con la espalda apoyada en el tronco y su automática en las manos, jugueteando con ella como un bebé con un sonajero.

Glenn se le acercó por detrás, silencioso como un gato.

Antes de atacarle, se dijo que tendría que actuar con mucha rapidez, ya que el otro tipo, el que se hallaba cerca del coche, podía ver desde su posición a su compañero. Y claro, si se percataba del ataque, reaccionaría inmediatamente, haciendo uso de su automática, la cual sostenía en su mano derecha.

Glenn ya no podía acercarse más al individuo que pretendía inutilizar en primer lugar, porque se vería descubierto. Tenía que entrar en acción.

Y lo hizo.

Dio un gran salto y cayó sobre el tipo, atizándolo en la cabeza con la culata de su revólver. El ataque fue tan rápido y tan efectivo, que el individuo no tuvo tiempo de reaccionar. Emitió un ronco quejido y se venció hacia su izquierda, perdiendo su automática.

Glenn se hizo rápidamente con ella.

El otro tipo descubrió al detective y, tras dar un respingo de sorpresa, le apuntó con su arma y le disparó, quedando ahogado el estampido por el silenciador.

El proyectil pasó un palmo por encima de la cabeza del detective, al agacharse éste, y se incrustó en el tronco del árbol. Y, antes de que el fulano accionara el gatillo de nuevo, Glenn hizo uso de la automática que acababa de recoger del suelo.

Disparó dos veces, encargándose el silenciador de ahogar las detonaciones. Ambos proyectiles se alojaron en el pecho del tipo y éste se desplomó en el acto, dando un grito de muerte.

Y es que una de las balas le había agujereado el corazón.

Glenn se irguió con prontitud y corrió hacia el individuo, comprobando que era ya cadáver. Afortunadamente, el grito de agonía que el tipo lanzara no había sido lo suficiente fuerte como para ser oído desde el interior del caserón.

El detective emitió un suspiro de alivio.

Había conseguido lo que se proponía. Es decir, eliminar a los dos hombres que vigilaban los alrededores de la casa sin que se enterasen los otros dos, los que se hallaban dentro del caserón, con la nieta de Howard Reynolds.

Ahora, debía penetrar sigilosamente en la casa, sorprender a los hombres que estaban en ella, y rescatar a Mandy. Si lo conseguía, el viejo Reynolds sabría agradecersele con generosidad, estaba seguro de ello.

No lo hacía, sin embargo, por la más que segura recompensa, sino porque Howard Reynolds se merecía que él arriesgase el pellejo por liberar a su nieta.

El detective, que se había guardado su revólver y empuñaba con firmeza la automática que utilizara para liquidar a uno de los secuestradores, caminó con sigilo hacia la puerta del viejo caserón, mientras Kevin Wesley seguía luchando por librarse de la mordaza o del cinturón que aprisionaba sus manos.

* * *

Mandy Reynolds sufrió una especie de sacudida eléctrica cuando sintió la manaza del tipo que la estaba besando sobre su seno izquierdo, apretándolo como se aprieta un limón cuando se desea exprimirlo.

El fulano era así de salvaje.

Le importaba un rábano que la muchacha sintiera dolor o no.

Y Mandy lo sentía.

¡Vaya si lo sentía!

Pero, dolor aparte, estaba la humillación de tener que soportar los abusos del tipo. Y, como Mandy no quería sufrir ninguna de ambas cosas, elevó bruscamente su rodilla, buscando con ella lo que el feo tenía de hombre.

Desgraciadamente, no lo encontró, porque el tipo, que ya sabía de qué forma reaccionó la nieta de Howard Reynolds cuando su compañero intentó abusar de ella, había tomado sus precauciones antes de introducir su mano en el busto de la muchacha, seguro de que ésta recurriría a una de sus rodillas para librarse de él.

El fulano se había colocado de forma que la rodilla de Mandy no podía llegar a sus órganos masculinos. Ni la derecha, ni la

izquierda. Ninguna de las dos.

Al darse cuenta de ello, Mandy se vio perdida. No podía defenderse con las manos, porque el tipo le tenía bien sujetos los brazos. Y como tampoco podía defenderse con las rodillas...

El feo, convencido de que la muchacha no podría intentar nada contra él, siguió besándola apretadamente y estrujándole el seno izquierdo al natural, porque le había destrozado el fino sujetador.

Mandy hubiera querido chillar, pero la boca del feo se lo impedía.

De pronto, y cuando ya la joven pensaba que no podría librarse de aquel cerdo de ninguna de las maneras, recordó que los tacones de sus zapatos eran largos y finos.

Podían hacer daño, si sabía utilizarlos adecuadamente.

Sin dudarlo ni un segundo más, levantó el pie derecho y lo dejó caer sobre el pie zurdo del individuo, clavándole el afilado tacón en la puntera del zapato.

El tipo interrumpió instantáneamente el beso y se olvidó del seno izquierdo de Mandy, porque sólo pensaba en el terrible dolor que sentía en los dedos de su pie zurdo.

Era como si acabasen de clavarle una bayoneta.

Naturalmente, el feo chilló como si lo estuvieran asando vivo.

Mandy aprovechó aquel momento para empujarle con fuerza y tirarlo de espaldas. El tipo se agarró el pie izquierdo y se revolcó por el suelo, sin dejar de gritar.

Y con razón, porque el tacón de la muchacha le había triturado literalmente un par de dedos, empapándole de sangre el calcetín.

Mandy, adivinando lo que sucedería cuando el fulano se recuperase, se lanzó hacia la puerta como un cohete. Desgraciadamente, la puerta se abrió antes de que ella la alcanzara y el otro tipo, el que le sirviera la cena, penetró en la habitación.

Había oído los aullidos de su compañero y quería saber lo que estaba pasando en la habitación.

Mandy se frenó en seco al verle.

—¡Dios mío! —gimió, viéndose nuevamente perdida.

El tipo cerró la puerta y se quedó junto a ella, observando a su compañero, que seguía agarrándose la pezuña zurda y dando vueltas por el suelo, sin dejar de chillar.

—Hizo lo mismo que yo, ¿verdad? —dijo, con burlona sonrisa.

—¡Peor! —respondió Mandy.

—¿Y qué hiciste tú? ¿Morderle el pie...?

—¡Le clavé el tacón!

—Parece que le duele mucho. Sin embargo, creo que lo mío fue aún más doloroso —dijo el tipo, llevándose la mano izquierda al bajo vientre.

Mandy guardó silencio.

Tenía que escapar de la habitación, o aquellos dos hombres le harían de todo. Lo malo era que no sabía cómo burlar al tipo que le cerraba el paso.

El individuo, que conservaba el negro capuchón, avanzó lentamente hacia la nieta de Howard Reynolds, con los brazos separados, para impedirle la huida.

—Ha llegado la hora de mi venganza, muñeca.

Mandy no tuvo más remedio que retroceder.

—¡No, por favor! —suplicó.

—Te aconsejé que te mostraras complaciente conmigo, ¿recuerdas?

—¡Lo seré ahora! —prometió Mandy, para ver si así podría sorprender de nuevo al tipo—. Es tarde, primor. El rodillazo que me atizaste no puede quedar en el olvido. Aún me duelen los genitales y tengo que hacértelo pagar. Vas a sufrir tanto o más que yo. Sin darse cuenta, Mandy había retrocedido hacia la cama. Tropezó en ella, perdió el equilibrio, y cayó sobre el sucio y maloliente colchón, tan duro que parecía de piedra. La joven dio un grito e intentó levantarse con rapidez, pero el encapuchado se arrojó sobre ella como un tigre y la sujetó con fuerza, diciendo:

—¡Prepárate a sufrir, zorra!

CAPÍTULO X

Mandy Reynolds chilló a pleno pulmón, convencida ya de que nada ni nadie podría librarla de la venganza del tipo del capuchón. Ni de la venganza del otro individuo, el que tenía un par de dedos del pie izquierdo hechos puré.

Se hallaba irremisiblemente perdida.

Fue lo que pensó cuando el encapuchado le desgarró la delgada blusa y la dejó con los senos al aire, porque tampoco el breve sujetador podía cubrirlos ya.

El tipo clavó sus brillantes ojos en los hermosos pechos de la muchacha y preparó sus dientes.

—¡Te los voy a devorar! —dijo.

Mandy creyó morir de terror.

—¡Noooooooo...! —chilló, agitándose inútilmente sobre la cama, con desesperación.

Por suerte para ella, Glenn Curtis había oído sus gritos y ello le había permitido localizar pronto la habitación en la que se hallaba cautiva.

Como los gritos no podían ser más angustiosos y desesperados, el detective adivinó que la nieta de Howard Reynolds lo estaba pasando francamente mal e irrumpió en la habitación como un huracán.

El tipo de la capucha negra había bajado ya la cabeza, para morder los turgentes senos de Mandy, pero no llegó a clavar sus dientes en ellos, pues oyó que la puerta se abría como coceada por un rinoceronte y volvió al instante la cabeza.

Vio al detective privado.

—¿Quién diablos...?

—¡Apártate de ella, puerco! —rugió Glenn, al tiempo que

saltaba sobre él.

La sorpresa había dejado materialmente paralizado al encapuchado, to que le impidió defenderse con eficacia del ataque del detective privado.

Glenn le golpeó duramente, primero con el puño izquierdo, en pleno rostro, y después con el cañón de la pistola automática, en el cuello, causándole un dolor terrible.

El tipo cayó al suelo y se retorció en él, agarrándose el cuello.

Glenn lo pateó con ganas.

—¡Para que aprendas a tratar a las mujeres, cerdo!

Mandy había erguido su desnudo torso y se había cerrado rápidamente la desgarrada blusa, cubriendo sus senos lo mejor posible. No sabía quién era su defensor, porque no lo había visto nunca, pero agradecía infinitamente su intervención y se alegraba enormemente de que estuviera moliendo a patadas al tipo del capuchón.

El otro sujeto, el que tenía de gorila, se olvidó del dolor que sentía en el pie izquierdo al descubrir al detective privado y se llevó la mano a la axila zurda.

Mandy le vio empuñar su automática y gritó:

—¡Cuidado con el otro!

Glenn se revolvió como una centella y puso en marcha un par de balas, incrustándolas ambas en el cuerpo del muchacho, quien emitió un alarido espantoso y soltó su arma. Tan sólo un par de segundos después, se quedaba tan quieto como un muerto. Y es que ya era cadáver.

Glenn volvió a ocuparse del tipo del capuchón, que aún se movía, aunque muy débilmente ya. Le atizó un patadón en la mandíbula, terrible, y el tipo se durmió en el acto.

Luego, el detective miró a la nieta de Howard Reynolds y dijo:

—Llegué a tiempo, ¿verdad, Mandy?

* * *

Mandy Reynolds se puso en pie, sin dejar de sujetar la desgarrada blusa contra su pecho.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mi nombre es Curtis; Glenn Curtis —respondió el detective

privado.

—No pudo llegar más a tiempo, señor Curtis. El tipo de la capucha me había desgarrado la blusa y se disponía a...

—Lo vi —carraspeó Glenn—. Y me alegro de haberlo evitado. La miel no está hecha para la boca del asno.

Mandy no pudo reprimir una sonrisa.

—Vaya, eso parece un piropo.

—Lo es.

—Gracias, señor Curtis. Y ahora, dígame qué pasó con los otros dos secuestradores.

Porque eran cuatro, si no recuerdo mal...

—Efectivamente. Liquidé a uno y dejé inconsciente al otro —explicó Glenn.

—Como aquí arriba...

—Sí, igual.

—Entonces, puede decirse que ya estoy liberada...

—Prácticamente, sí.

—Y se lo debo a usted...

—Bueno, lo que se dice deber, no me debes nada. Decidí liberarte porque, de vez en cuando, trabajo para tu abuelo. Y él siempre se muestra muy generoso conmigo.

—Si trabaja sólo de vez en cuando para mi abuelo, es que no es empleado suyo...

—Efectivamente, no soy empleado suyo. Soy detective privado —reveló Glenn.

—¿Y lo contrató mi abuelo para que diera conmigo y me rescatara...?

—Oh, no, nada de eso. Sucedió que, casualmente, yo me encontraba con él cuando llegó Kevin Wesley y le dio la noticia de tu secuestro.

—¿Cómo está Kevin...? —preguntó Mandy.

—Bastante mal.

—Debido al golpe que le propinó uno de los secuestradores en la cabeza con su pistola, ¿verdad?

—No, a la paliza que le propiné yo.

Mandy respingó.

—¿Cómo dice...?

—Que le di una paliza tremenda a Kevin.

—¿Por qué...?

—El planeó tu secuestro, Mandy.

La joven dilató los ojos.

—¿Qué...?

—Kevin es un mal bicho, Mandy. No está enamorado de ti ni tiene intención de casarse contigo. Ni con ninguna otra. Carece de sentimientos y de escrúpulos. Cuando lo ha conseguido todo de una mujer, se olvida de ella y la sustituye por otra. Lo ha hecho cientos de veces.

—¿Cómo sabe todo eso...?

Glenn se lo explicó.

Mandy, perpleja, murmuró:

—Así que mi abuelo le pidió que...

—Se preocupa mucho por ti, Mandy. No quiere que nadie te engañe, que finja quererte para casarse contigo y asegurarse el futuro. Desea que te unas a alguien que te merezca, que te ame de verdad y no piense en la fortuna que heredarás a su muerte, porque sólo así serás feliz.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—¿Le importaría abrazarme, señor Curtis?

—Con mucho gusto. Pero tienes que llamarme Glenn y tutearme.

—De acuerdo.

El detective la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí, cálidamente. La muchacha descansó su cabeza en el hombro masculino y sollozó silenciosamente.

—Gracias, Glenn.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Yo confiaba en Kevin.

—¿Le querías, Mandy?

—Todavía no. Pero me gustaba, Glenn. Y creo que hubiera acabado enamorándome de él.

—No me extraña en absoluto, porque Kevin es un tipo realmente atractivo y elegante. Bueno, en este momento no es ni lo uno ni lo otro, porque tiene el rostro deformado a golpes y el traje sucio y manchado de sangre. No lo reconocerás, cuando lo veas. —Le escupiré en la cara, por cerdo.

—Se lo merece.

La joven levantó la cabeza y lo miró, aunque no dijo nada.

—¿Te sientes mejor, Mandy?

—Sí.

—Debe ser verdad, porque ya no lloras.

—En tus brazos me siento segura, protegida, reconfortada.

—¿Todo eso...?

—Y más cosas.

El detective tosió.

—Bueno, no soy tan atractivo como Kevin, pero...

—A mí ya me gustas más que él.

—Porque te he liberado. Y porque ahora ya sabes que Kevin es un gusano.

—Es posible que ambas cosas hayan influido, pero te aseguro que el beso que voy a darte no será de agradecimiento —dijo Mandy, y unió su boca a la de él.

Glenn colaboró en el beso.

Un beso muy especial, que le llegó muy hondo.

También a Mandy le llegó hasta lo más profundo.

Cuando separaron sus bocas, la joven confesó:

—Lo que he sentido ahora no lo sentía cuando Kevin me besaba.

—¿Estás segura?

—Nunca lo había sentido, Glenn.

—Yo tampoco, Mandy.

Se besaron otra vez, con más ganas aún que antes. Después, el detective carraspeó y sugirió:

—¿Por qué no te atas la blusa, Mandy?

—Lo intentaré —sonrió la muchacha, y se la anudó debajo de los senos.

De esa manera mostraba totalmente su estómago, pero cubría mejor sus tentadores pechos. Y eso era lo que Glenn quería, para no cometer el atrevimiento de acariciarlos. El detective la cogió de la mano y dijo:

—Vamos, Mandy.

CAPÍTULO XI

Kevin Wesley consiguió librarse antes del cinturón que sujetaba sus manos que de la mordaza. Le había costado lo suyo, pero al fin lo había logrado.

En cuanto tuvo las manos libres, se arrancó el pañuelo que sellaba su boca y se puso en pie. Con algún esfuerzo, desde luego, aunque no tanto como cuando se hallaba en presencia de Glenn Curtis.

Kevin avanzó cautelosamente hacia el viejo caserón. Cuando lo alcanzó, descubrió que el detective privado se había deshecho de los dos hombres que vigilaban los alrededores de la casa, liquidando a uno y dejando sin conocimiento al otro.

Lo primero que hizo el rubio, fue apoderarse de la pistola del tipo que yacía muerto.

Después, trató de reanimar al que se hallaba solamente inconsciente.

—¡Despierta, Gurney! —exclamó, sin levantar demasiado la voz.

El tipo, que tenía una herida en la cabeza, causada por el culatazo que le asestara Glenn Curtis con su revólver, emitió un gemido de dolor antes de abrir los ojos. Kevin lo zarandeó un poco más.

—¡Vamos, Gurney, espabila de una vez! ¡Te necesito!

El individuo lo miró.

—Wesley...

—Ponte en pie, Gurney.

El tipo se incorporó con la ayuda del rubio.

—¿Qué ha pasado, Wesley...? ¿Quién me golpeó...? —preguntó, llevándose la mano a la cabeza.

—Un Upo llamado Curtis —respondió Kevin—. Es detective

privado y quiere rescatar a la nieta de Reynolds. Adivinó que el secuestro lo había planeado yo y me obligó a traerle hasta aquí, después de darme la gran paliza. A ti te dejó inconsciente, pero a Squire se lo cargó.

El llamado Gurney respingó.

—¿De veras...?

—Allí lo tienes, convertido en cadáver. —Kevin desvió la mirada hacia el cuerpo sin vida de Squire—. Le metió dos balas en el pecho. Y debió utilizar tu pistola, porque no se oyeron los disparos.

Gurney se llevó la diestra a la funda sobaquera, encontrándola vacía.

—Sí, estoy desarmado —masculó.

—No importa. Yo tengo la pistola de Squire. Vamos en busca del detective. Me temo que haya sorprendido también a Klein y Ward. No he oído ningún disparo.

—Maldito...

—En silencio, Gurney —pidió Kevin, y caminó hacia la puerta de la casa.

Gurney le siguió, sin retirar la mano de su cráneo, porque le dolía la herida. Se sentía, incluso, un poco mareado, por lo que no caminaba con demasiada firmeza.

Wesley penetró en la casa, con mucha cautela.

Gurney se metió también en el caserón.

Como abajo no había nadie, fueron hacia la escalera y subieron a la habitación en donde fuera encerrada la nieta de Howard Reynolds. Vieron que la puerta estaba abierta y, al aproximarse silenciosamente, oyeron hablar a Glenn y Mandy.

El detective le estaba pidiendo a la muchacha que se atara la desgarrada blusa, para cubrir mejor sus senos. Segundos después, la cogía de la mano y salían los dos de la habitación, sin sospechar que Wesley y Gurney aguardaban en el corredor, con la respiración contenida.

El rubio apuntó al detective con la automática de Squire y ordenó:

—¡No te muevas, Curtis!

Glenn Curtis y Mandy Reynolds se quedaron clavados.

El detective seguía empuñando la pistola de Gurney, pero comprendía que se hallaba en desventaja. Si movía el arma, para apuntar a Kevin Wesley, éste apretaría el gatillo.

De haberse hallado solo, Glenn hubiera saltado para esquivar la bala de Kevin, pero como Mandy se encontraba junto a él, no podía hacerlo, ya que corría el riesgo de que la muchacha recibiera el proyectil dirigido a él.

Mandy estaba pálida.

Parecía darse cuenta de que Glenn y ella estaban atrapados, que no tenían escapatoria posible.

—¡Arroja el arma, Curtis! —ordenó Wesley.

El detective no tuvo más remedio que obedecer.

Wesley se sintió mucho mejor ahora, pues temía una acción relámpago de Curtis. No olvidaba, sin embargo, que el detective tenía un revólver calibre 38, por lo que continuó muy pendiente de él.

—Recupera tu arma, Gurney —indicó el rubio.

El tipo se apresuró a recoger la automática.

—Ahora, desarma al detective —siguió indicando Kevin—. Lleva una «38».

Gurney se colocó detrás de Curtis y lo cacheó con precaución, localizando el revólver. Se lo arrebató y, sin que nadie se lo ordenara, le golpeó en el cuello con el cañón de su automática.

El detective ahogó un grito y se derrumbó, aunque no llegó a perder el conocimiento. Se llevó la mano al cuello, con gesto de sufrimiento, y dejó escapar un gemido.

Mandy no pudo contenerse y gritó:

—¡Bestia! ¡Animal! ¡Cafre!

El tipo hizo un ademán de golpearla también, pero Wesley exclamó:

—¡A ella no, Gurney!

—¡Pues que se calle!

—No insultes a Gurney, Mandy —pidió Wesley.

La joven se volvió hacia él como picada por una serpiente.

—¡No me dirijas la palabra, cerdo!

El rubio, lejos de enfadarse, sonrió.

—Comprendo que estés enfadada, Mandy. Te he engañado y es

lógico que te sientas furiosa.

—¡Eres el tipo más despreciable que he conocido en mi vida, Kevin! ¡El más ruin! ¡El más asqueroso!

—No te pases, Mandy.

—¿Pasarme...? ¡Me quedo corta!

—Bueno, basta ya. Tú, Curtis, ponte en pie. Y no me digas que no puedes, porque te recordaré tus propias palabras.

El detective se incorporó con evidente dificultad, por lo que Mandy le prestó su ayuda.

—¿Cómo te sientes, Glenn?

—Estoy bien, no te preocupes —respondió el detective, masajeándose el cuello.

—Entrad en la habitación —ordenó Wesley.

Glenn y Mandy obedecieron.

Wesley y Gurney entraron tras ellos y descubrieron a Klein y Ward, tirados en el suelo.

—¡Klein está muerto, Wesley! —exclamó Gurney.

—Sí, ya lo veo. Y Ward ha recibido una paliza parecida a la mía —respondió el rubio—. ¡Maldito detective! —rugió Gurney, y golpeó de nuevo a Curtis con su arma, esta vez en la región renal.

Glenn soltó un rugido de dolor y cayó de rodillas. Se estaba llevando las manos a la espalda, cuando el arma de Gurney percutió en su nuca.

El detective cayó hacia adelante y quedó tendido de bruces, inmóvil.

Había perdido el conocimiento.

Mandy, furiosa, quiso golpear a Gurney, pero éste le propinó un fuerte empujón y la hizo caer el suelo también. Kevin sonrió e indicó:

—Atalos a los dos, Gurney.

CAPÍTULO XII

—La ataré primero a ella —dijo Gurney, y fue hacia Mandy.

La joven trató de ponerse en pie.

—¡A mí no me atará nadie!

Gurney saltó sobre ella y la sujetó.

—¡Te aconsejo que no ofrezcas resistencia!

—¡Suélteme, gorila! —gritó Mandy, forcejeando con él.

—Obedece, Mandy —intervino Kevin Wesley.

—¡Vete al diablo!

—Está bien, allá tú.

Gurney, haciendo uso de su superior fuerza, colocó a Mandy boca abajo y le puso una rodilla en la espalda, para que no pudiera incorporarse.

La joven dio un grito, mitad de rabia y mitad de dolor.

—¡Bastardo!

Gurney le agarró los brazos y le ató las manos con un pedazo de cuerda, delgada, pero resistente. Después, le retiró la rodilla de la espalda y se irguió, no sin antes darle una sonora palmada en el trasero, perfectamente dibujado por el ajustado pantalón.

—Esto por haber ofrecido resistencia.

Mandy lo electrocutó con los ojos.

—¡Puerco!

Gurney la ignoró y procedió a atar a Curtis.

—A él átale también las piernas, Gurney —indicó Wesley—. Es un tipo realmente peligroso.

—Entendido.

Cuando Gurney acabó con el detective, Wesley se guardó el arma que empuñaba y dijo:

—Tenemos que sacar a Klein y Ward de aquí. Ocúpate tú del

primero, Gurney. Yo me encargo de Ward.

—Bien.

Gurney agarró el cuerpo sin vida de Klein y lo sacó de la habitación, después de recoger el arma del muerto, que yacía en el suelo, junto a él.

Wesley arrastró a Ward, quien seguía sin enterarse de nada, aunque el rubio confiaba en reanimarlo pronto. Había recibido muchos golpes, pero era un tipo fuerte y se recuperaría.

El rubio entró de nuevo en la habitación y miró a la nieta de Howard Reynolds, que ahora estaba sentada en el suelo. Debido a sus forcejeos con Gurney, el nudo de la blusa se le había aflojado un poco y su exhibición de senos era de las que producen un significativo cosquilleo en la sangre.

Wesley, naturalmente, clavó sus ojos en el excitante busto femenino.

Mandy se dio cuenta y enrojeció de ira.

—¡Deja de mirarme, cerdo!

—Vale la pena, ¿sabes? —sonrió el rubio.

—¡Lárgate, no quiero verte!

—Quizá me quede un rato contigo y haga algo más que contemplarte. Mandy sintió un ramalazo de frío.

—¡No te atrevas a tocarme, Kevin!

El rubio rió.

—Tranquila, no tengo intención de hacerlo. Sólo me interesa el millón de libras que tu abuelo tendrá que pagar por tu rescate. Y siento decírtelo, Mandy, pero no podrás recobrar la libertad.

—¿Qué...?

—Glenn Curtis, con su intervención, ha firmado no sólo su sentencia de muerte, sino también la tuya. Los dos sabéis que yo planeé tu secuestro y por qué, así que no puedo dejaros libres cuando reciba el millón de libras. Las razones son obvias. Me delatarías a la policía y acabaría entre rejas, junto con Gurney y Ward.

Y a mí me gusta demasiado la libertad, Mandy.

La joven apretó los dientes.

—Así que nos asesinaréis a sangre fría, ¿eh?

—No tenemos alternativa, reconócelo.

—¡Canalla!

—Lo siento, Mandy, pero la culpa es del detective. Si no se hubiera entrometido... —¡No le echas las culpas a Glenn, maldito! ¡Tú eres el único culpable de todo! ¡De mi secuestro y de lo que me ocurrió en esta habitación! ¿O es que no te has dado cuenta de que tengo la blusa desgarrada...?

—Sí, claro que me he dado cuenta. ¿Qué pasó, Mandy?

—¡Klein y Ward querían abusar de mí! ¡Tuve que soportar sus asquerosos besos y sus salvajes apretones de senos! ¡Y si no hubiera sido por Glenn, que llegó cuando yo más necesitada estaba de ayuda, Ward me habría destrozado los pechos a mordiscos! ¡Me tenía sujeta sobre la cama, con la blusa abierta, y se disponía ya a clavarme sus puercos dientes!

Wesley apretó las mandíbulas.

—Así que eso hicieron Klein y Ward, ¿eh?

—¡Sí!

—Bien, a Klein ya no puedo recriminarle, porque está muerto, pero le diré un par de cosas a Ward, te lo prometo. Les ordené a los cuatro que no te maltrataran y que te respetaran.

—¡Pues no te hicieron ningún caso!

—Lo lamento de veras, Mandy.

—¡No seas cínico, Kevin!

—¿No me crees?

—¿Cómo voy a creerte, después de oír que piensas asesinarlos fríamente a Glenn y a mí...?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer, en estas circunstancias?

—¡Dejarnos en libertad y olvidarte del millón de libras!

—Me denunciaríais igual.

—¡Te prometo que no, Kevin!

El rubio, tras unos segundos de vacilación, confesó:

—Necesito dinero, Mandy. Y sólo así puedo conseguirlo.

—¡También puedes conseguirlo trabajando!

Wesley esbozó una sonrisa.

—Yo no he nacido para trabajar, Mandy. Me gusta la buena vida. Juergas, mujeres, diversión... Eso es lo mío.

—¡Es vergonzoso! ¡Pero aún es peor mancharse las manos de sangre, Kevin! ¡Y todavía estás a tiempo de evitarlo! ¡No cargues mi muerte y la de Glenn sobre tu conciencia!

El rubio meneó la cabeza.

—Es tarde, Mandy. No puedo volverme atrás.

—¡No, Kevin! ¡Esto aún puede acabar bien para todos! —insistió la muchacha—. ¿Olvidas que han muerto dos de los hombres de tu abuelo? ¿Y que también han muerto dos de los hombres que te secuestraron?

—¡Vaya lo uno por lo otro, Kevin!

—Aunque yo estuviera de acuerdo, Gurney y Ward no me lo permitirían.

—Eres el jefe, ¿no?

—Sí, pero...

—¡Por favor, Kevin!

Wesley movió la cabeza de nuevo.

—Es inútil, Mandy. Tu suerte y la del detective están echadas —dijo, y salió de la habitación, cerrando la puerta con llave.

* * *

Cuando Glenn Curtis recobró el conocimiento, se encontró tirado de bruces en el suelo. Al instante supo que tenía las manos atadas a la espalda. Y también notó la presión que ejercía la cuerda que sujetaba sus piernas. Notó más cosas, claro.

Le dolía la nuca, el cuello, la región renal...

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era lo que le hubiera podido suceder a la nieta de Howard Reynolds, mientras él se hallaba inconsciente.

—¡Mandy! —exclamó, buscándola con la mirada.

—¡Glenn! —respondió la muchacha, alegrándose de que el detective hubiera vuelto en sí.

—¿Estás bien?

—¡Sí! ¿Y tú...?

—Me duelen algunas cosas, pero se puede soportar.

—Ese cerdo de Gurney te golpeó duramente.

—Le ajustaré las cuentas a ese cobarde, no te preocupes.

Mandy se mordió los labios.

—Piensan liquidarnos, Glenn.

—¿Te lo dijo Kevin?

—Sí.

—Era de esperar. Pero no temas, no permitiré que nos

escabechen. Te sacaré de esto, ya verás.

—¿Cómo, Glenn? Estás atado de pies y manos. Y yo también tengo las manos atadas. —Y la blusa muy abierta— carraspeó Curtis, fijándose en los preciosos senos de Mandy, casi totalmente exhibidos.

La joven se miró.

—Forcejeé con Gurney, porque no quería que me atara, pero sólo conseguí que el nudo de la blusa se aflojara. Y no puedo hacer nada por evitar esta descarada exhibición. —Yo sí puedo evitarla.

—¿Cómo?

—Apretándote el nudo de la blusa con los dientes.

—¿Estás seguro de poder...?

—Acércate y verás.

La muchacha vaciló.

—No me fío, Glenn.

—Temes que me aproveche de la situación, ¿eh?

—No me extrañaría nada.

—Sé que la tentación será grande, pero prometo controlarme y limitarme exclusivamente al nudo de la blusa.

—Está bien —accedió Mandy, y se acercó todo lo que pudo a él.

Glenn, ahora, estaba sentado en el suelo, como ella, así que sólo tuvo que agachar un poco la cabeza para alcanzar el nudo de la blusa. Y consiguió apretarlo con los dientes, aunque resultó inevitable que su cara tomara contacto más de una vez con los túrgidos senos de la muchacha.

Mandy no sólo no protestó, sino que contenía la risa a duras penas.

Cuando el detective concluyó su delicada tarea, la miró y dijo:

—Ha sido terrible para mí, ¿sabes?

—¿De veras? —sonrió el joven.

—Como estar muerto de sed y rechazar una jarra de cerveza fría.

Mandy rió.

—La próxima vez te permitiré echar un par de tragos —dijo, con ironía.

—A ver si es verdad.

—De momento, te has ganado un beso.

—Algo es algo.

Se besaron.

Después, Glenn dijo:

—Bien, creo que debemos ponernos a trabajar, Mandy.

—¿En qué?

—Si he podido apretar el nudo de tu blusa con mis dientes, también podré aflojar la cuerda que sujeta tus manos.

—¿Tú crees...?

—Estoy seguro.

—La cuerda está muy apretada, Glenn.

—Tengo los dientes fuertes. Vamos, dame la espalda.

—¡En seguida!

El detective acercó su boca a las manos de la joven y empezó a trabajar con la cuerda, procurando no pensar en la tentadora redondez del trasero de Mandy.

Ella le miraba por encima del hombro.

—Cuidado no se escape ninguna dentellada, ¿eh, Glenn?

—¿Por qué lo dices?

—Me morderías el trasero.

—Es otra tentación, no creas, pero confío en poder vencerla.

Mandy emitió una risita.

—Eres un buen chico, Glenn.

—No me distraigas o acabaré zampándome un pedazo de nalga sin darme cuenta.

Mandy rió de nuevo, pero no dijo nada más.

Y el detective, que realmente tenía los dientes sanos y fuertes, siguió trabajando con las ligaduras de la nieta de Howard Reynolds, convencido de que acabaría venciendo su resistencia.

CAPÍTULO XIII

Ward había vuelto ya en sí.

Gurney se encargó de despertarle, mientras Kevin Wesley hablaba con Mandy Reynolds.

Y, cuando el rubio salió de la habitación, Ward ya se hallaba al corriente de todo.

—¡Me cobraré la paliza que me dio ese maldito detective! —rugió el tipo.

—Te la merecías, Ward —dijo Kevin, mirándolo con dureza.

—¿Cómo puedes decir eso, Wesley...?

—Sé lo que pensabas hacer con la chica.

—¡Me atizó un rodillazo entre los muslos!

—Si no hubieras intentado abusar de ella... Os dije a todos que la respetarais.

Ward fue a replicar, pero Gurney se le adelantó:

—La situación ha cambiado, Wesley. El detective y la chica lo saben todo, así que no tendremos más remedio que liquidarlos a los dos.

—Efectivamente —asintió Kevin.

—Entonces, poco importa ya lo que hagamos o dejemos de hacer con la nieta de Reynolds, puesto que va a morir. Y sería estúpido que, siendo joven y hermosa, renunciáramos al placer de poseerla y disfrutar con su magnífico cuerpo. ¿No opinas lo mismo, Ward...?

—¡Desde luego! —exclamó su compañero—. ¡Nos divertiremos con la chica y luego nos ocuparemos del detective! ¡Le haremos sufrir tanto, que nos suplicará con lágrimas en los ojos que acabemos con él de una vez!

—¡Seguro! —dijo Gurney, riendo.

Kevin Wesley apretó los maxilares. Y es que ya parecía ver a

Gurney y Ward violando salvajemente a Mandy, lastimando su cuerpo, humillándolo...

Después, se ensañarían con Glenn Curtis, aplicándole las más dolorosas torturas, hasta destrozar totalmente su cuerpo.

No, Kevin no quería eso.

Y no lo iba a permitir.

Con gesto duro, dijo:

—No tocaréis a la chica. Ni al detective.

—¿Por qué? —preguntó Gurney.

—Porque así lo quiero yo.

—Pero... —habló Ward.

—Sólo hemos de pensar en el dinero del rescate —le interrumpió el rubio—. Os prometí ciento veinticinco mil libras a cada uno, pero como Squire y Klein han muerto, recibiréis doscientas cincuenta mil libras cada uno. Yo me quedaré con el otro medio millón, según lo acordado. No quiero más. Gurney y Ward cambiaron una mirada.

Lo de recibir un cuarto de millón de libras cada uno, les parecía muy bien, pero no entendían por qué tenían que renunciar a divertirse con la nieta de Reynolds y con el detective privado.

No lo entendían... y no lo aceptaban.

Querían violar a la muchacha.

Y torturar al detective.

No obstante, simularon acatar la decisión de Kevin.

—De acuerdo, Wesley —respondió Gurney—. No los tocaremos.

—Tú mandas —dijo Ward.

—Bien.

El rubio se dio la vuelta, satisfecho de haber conseguido disuadir a aquella pareja de salvajes, y fue entonces cuando Gurney disparó sobre él.

Le alojó dos balas en la espalda, destrozándole el espinazo con la segunda de ellas.

Kevin dio un grito y cayó al suelo, quedando tendido de bruces.

Se movió unos segundos, débilmente, y después quedó rígido.

—El se lo buscó, por estúpido —rezongó Gurney.

—Ahora salimos a medio millón cada uno —dijo Ward, con una sonrisa llena de codicia.

—Efectivamente —asintió Gurney, sonriendo también.

—Y podremos hacer todo lo que queramos con la chica.

—Exacto. Y con el detective también.

—¿Por qué no empezamos ya a divertirnos, Gurney?

—¿Te encuentras en condiciones, Ward?

—Acuso los golpes recibidos, pero como estoy deseando cobrármelos, sugiero que empiece la «fiesta».

—¡Vamos, pues!

Gurney y Ward se irguieron y fueron hacia la habitación en donde permanecían encerrados Glenn y Mandy.

* * *

Glenn Curtis seguía mordiendo como un perro las ligaduras de Mandy Reynolds. La tarea era dura, pero el detective estaba a punto de lograr su objetivo.

Mandy, que ya sentía las ligaduras flojas, hizo un esfuerzo y logró rescatar una de sus manos.

—¡Ya está, Glenn!

El detective soltó un chorro de aire.

—Desátame, rápido.

—¿No quieres que te dé un beso antes...?

—Me lo debes.

—Prefieres que te bese cuando tengas las manos libres, ¿eh?

—Así es.

—Eres un granuja —sonrió Mandy, y procedió a desatarle, soltándole primero los pies y luego las manos.

Se incorporaron los dos, Glenn la abarcó por la cintura, y la estrechó contra sí.

—Así me gusta a mí besarte, Mandy.

—Y a mí —respondió la muchacha.

Unieron sus bocas.

El beso debía ser largo y ardiente, pero se vio interrumpido casi al momento por el ruido que produjo la llave de la puerta al girar en la cerradura.

Glenn reaccionó con rapidez.

Tenía que ser así, para no verse atrapados de nuevo, de modo que empujó a Mandy hacia la pared. Justo cuando la alcanzaban, la puerta se abrió y Ward y Gurney entraban en la habitación.

El detective saltó sobre ellos como una fiera y los derribó a ambos, cayendo él también al suelo. El primero en empezar a repartir golpes, fue Glenn.

Gurney, tan pronto como tuvo ocasión, extrajo la pistola automática que portaba.

—¡Cuidado, Glenn! —gritó Mandy.

El detective le propinó una patada en la mano a Gurney y lo desarmó.

La pistola fue a caer cerca de Mandy.

La muchacha se hizo rápidamente con ella y se dispuso a utilizarla, si era necesario.

Ward, que también iba armado, tuvo oportunidad de empuñar su automática, aprovechando que Curtis se ocupaba en aquel momento de Gurney.

Mandy le apuntó y accionó el gatillo, metiéndole la bala en la caja torácica. Ward aulló y cayó hacia atrás, soltando su arma. Ya no la iba a necesitar, pues le quedaban escasos segundos de vida.

Curtis se giró, al oír el aullido de Ward, y Gurney aprovechó ese momento para apartarlo de un empujón.

Gurney extrajo velozmente el revólver del detective, que aún conservaba, pero no tuvo tiempo de utilizarlo, porque Mandy apretó el gatillo de nuevo y le alojó el proyectil en el pulmón izquierdo.

Glenn, que ya se había apoderado del arma, disparó también sobre Gurney y le incrustó la bala en la frente.

Ambos disparos fueron casi simultáneos y el tipo se fue al infierno sin remisión, lo mismo que Ward, que ya había expirado.

Habían tenido el final que se merecían.

EPÍLOGO

Glenn Curtis recuperó velozmente su «38» y se asomó al corredor con precaución, pues pensaba que podía encontrarse con Kevin Wesley. Y lo encontró, pero tirado en el suelo, con la espalda empapada de sangre.

—Mandy...

—¿Qué?

—Creo que Kevin está muerto.

—¿Muerto...? —Respingó la joven.

—Vamos a comprobarlo.

Salieron los dos de la habitación y se aproximaron al cuerpo inmóvil del rubio, comprobando que era ya cadáver.

—Se lo cargaron por la espalda. Sus propios compañeros —dijo el detective.

—Quizás estaba dispuesto a renunciar...

—¿Renunciar?

—Le pedí que se olvidara del millón de libras y nos dejara en libertad, prometiéndole que no lo delataríamos a la policía —explicó Mandy—. El dijo que Gurney y Ward no se lo permitirían.

—Puede que tengas razón. Vamos, Mandy. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Abandonaron el viejo caserón, fueron hacia donde aguardaba el Opel-Monza, y regresaron en él a la casa de Howard Reynolds.

El millonario lloró de alegría y de emoción cuando vio que Glenn Curtis volvía con su nieta. Mandy también lloró, abrazada a su abuelo, que la estrujaba literalmente. Después, Howard Reynolds fue informado por Glenn y Mandy de todo lo sucedido. El millonario, que en ningún momento llegó a sospechar que el secuestro de Mandy hubiera sido planeado por Kevin Wesley, se

llevó una sorpresa tremenda.

Como Glenn sí sospechó, y gracias a ello había podido rescatar a Mandy, poniendo en juego su vida, Howard le estrechó la mano y dijo:

—Siempre estaré en deuda con usted, Curtis.

—Y yo siempre estaré a su disposición, señor Reynolds —respondió el detective—. Entre otras cosas, porque es el mejor cliente que tengo.

—Le extenderé un cheque por valor de cien mil libras.

Glenn no pudo reprimir un respingo.

—¿Ha dicho cien mil...?

—Sí.

—¡Eso es demasiado, señor Reynolds!

—Aún me ahorro novecientas mil. No olvide que los secuestradores me pedían un millón de libras por Mandy.

—Pero...

Mandy se cogió del brazo del detective y dijo:

—Acepta las cien mil libras, Glenn.

—¡Es una fortuna, Mandy!

—Bueno, tal vez así no tengas reparo en pedirle a cierta muchacha rica que se case contigo. Suponiendo que la quieras, claro.

El detective se quedó mirándola.

—¿Aceptarías, Mandy...?

—Sin dudarlo ni un segundo.

—¡Dios, qué alegría me das! —exclamó Curtis, y la besó en los labios con ardor, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

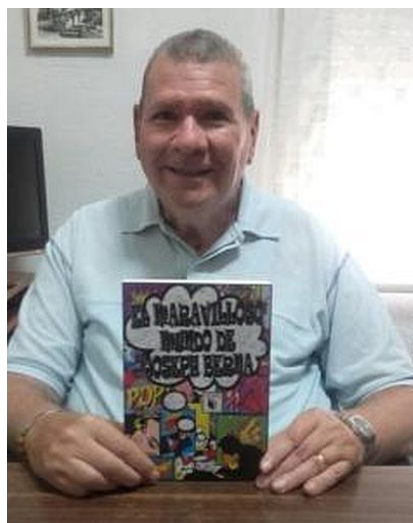
Howard Reynolds, repuesto de la sorpresa, sonrió y dijo:

—Bien, tendré que contratar a otro detective privado para que investigue a éste...

Era una broma, claro.

Por eso, Glenn y Mandy interrumpieron su beso y rompieron a reír, siendo al instante imitados por el millonario.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».